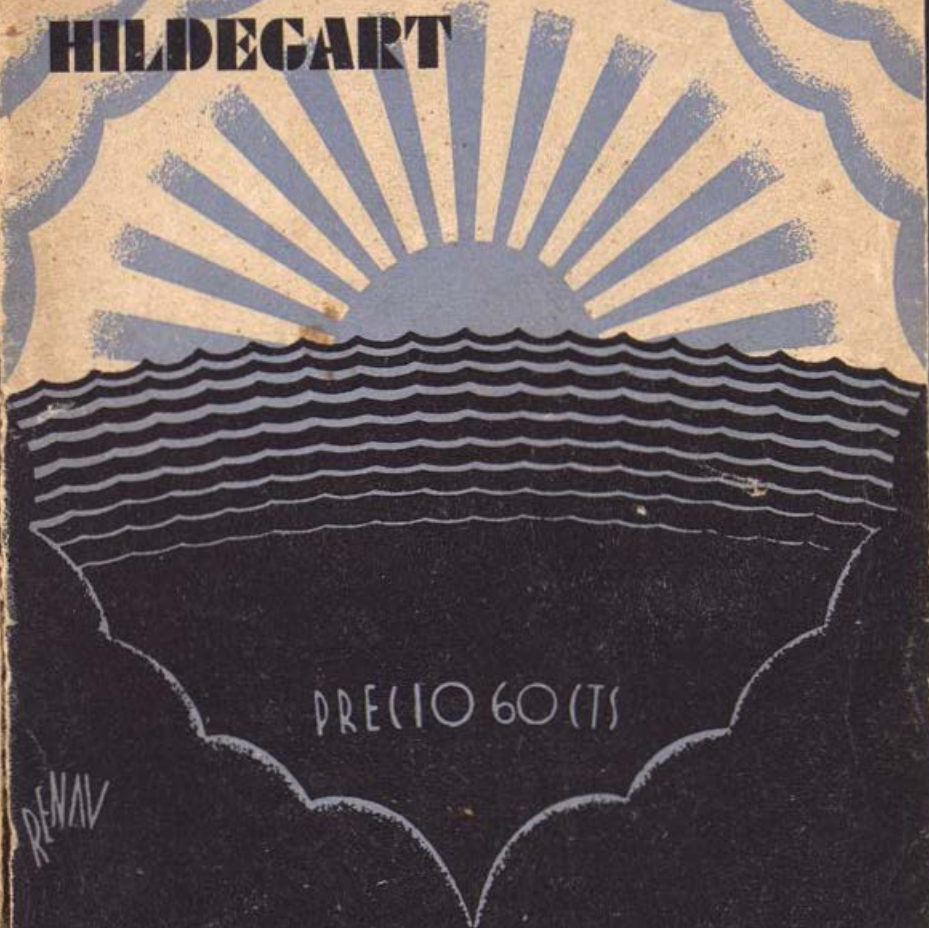


DL
2004685

SEXO Y AMOR

HILDECART



PRECIO 60 (TS)

RENAL

CUADERNOS DE CULTURA

2067685

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Colección de 10 números, a partir del que se desee.....	5'50 pesetas
Contra reembolso debe añadirse 0'50 pesetas.	
Suscripción para un año completo.....	13 »

Se publica los días 15 y 30 de cada mes.

A NUESTROS AMIGOS A NUESTROS LECTORES

CUADERNOS DE CULTURA está haciendo un esfuerzo enorme por imponerse y conquistar el sitio que lógicamente le corresponde. Mas no conseguirá el éxito hasta que sus lectores, que son sus amigos, le presten su apoyo decidido.

CUADERNOS DE CULTURA debe llegar a ser la primera publicación periódica de este tiempo, tanto por su manifiesto desinterés, como por la intención liberal que la orienta. Y para ello es necesario que los que la estiman y necesitan le ayuden con todas sus fuerzas.

1000 SUSCRIPCIONES se necesitan conseguir por todo el año actual para que pueda sostenerse sin gran sacrificio.

Y éstas se obtendrían fácilmente si cada suscriptor y amigo nos facilitara una nueva suscripción. O, en último caso, una lista de amigos susceptibles de devenir lectores asiduos.

Nuestro propósito es ir formando una verdadera enciclopedia popular, libre de todo particularismo y al alcance de todas las inteligencias y fortunas.

CUADERNOS DE CULTURA
PUBLICACIÓN QUINCENAL

XXXII

SEXO Y AMOR

POR

HILDEGART



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
EMBAJADOR VICH, 15, ENTLO.—VALENCIA

1931

Sección SOCIOLOGÍA

NUM. 2



Tip. P. Quiles. Grabador Esteve, 19, Valencia

Biblioteca Nacional de España

DONATIVO

Ejemplar donado por: *Javier Puente*

Fecha: *22-09-2011*

© Biblioteca Nacional de España

A los lectores de CUADERNOS DE CULTURA

Por vez primera, al dirigirme a vosotros, no pueden faltar unas cordiales líneas de salutación. Al lector, al que no se conoce y al que hay que hablar por medio de un lenguaje cifrado y un tanto desprovisto de emoción personal, llegan más de lejos, pero con huella más profunda, las ondas de la humana compenetración y simpatía. Para vosotros, pues, público silencioso e individual dentro de vuestra colectividad, un saludo afectuoso y un deseo de que veáis en el CUADERNO que a esto sigue un afán noble de emancipación de todos, y un juicio mezcla de la serenidad de la observación y del apasionamiento de la juventud.

LA AUTORA

INTRODUCCIÓN

Para los que estimen que no pueden tratarse estas cuestiones sexuales sin hacer de ellas regodeo pornográfico, sin estudiarlas desde un punto de vista científico y particularmente moral, ya que es en la sabiduría y no en la ignorancia donde radica la verdadera moral, nosotros queremos recordar aquí unas frases de Havelock Ellis : «El sexo es un fuego siempre vivo que nada extinguirá. Es como aquella hoguera que vió Moisés en el Monte Horeb, ardiendo en aquel zarzal que se consumía. Recordemos que al acercarse a ella oyó una voz que decía : «Quítate de los pies las sandalias, porque el suelo que pisas es sagrado.» Hoy no vacilamos en acercarnos a la llama milagrosa del sexo cuanto nos es posible. Pero difícilmente se hallará el hombre en condiciones de aprovecharse de ello como no se haya quitado antes los «zapatos».

Hemos de tener en cuenta que el sexo, que no es simple problema material, sino de honda y trascendente psicología, que tiene fuertes repercusiones sociales en el porvenir de las razas, debe ser tratado por autor y lectores con una sana avidez de aprender y de analizar la importancia de la nueva vida sexual, pero no con el afán torpe y absurdo de pretender entrever en los antes misterios y hoy revelaciones del sexo, elucubraciones eróticas.

Para entrar en ese nuevo reino maravilloso que la Sexología nos descubre, necesitamos llevar una pureza de espíritu que nos haga ver por encima de la inmediata acción sexual la finalidad de los nuevos seres que habrán de venir a la vida. En el nuevo culto a una moral en la que no

haya «tabús» ni ocultaciones, en la que no existan absurdas ignorancias ni libertades sin freno, nosotros los que en él comulguemos habremos de hacerlo con el mismo respeto y unción realmente religiosa que solicitan los sacerdotes para el ingreso en sus templos. Hay un templo nuevo que se nos ofrece, y es el de la fecundidad en la mujer. Las ceremonias y ritos que en él se realizan para cumplir su finalidad, deben merecer por lo menos de nosotros una respetuosa contemplación. Las religiones todas tendían a ensalzar principios de abnegación y altruismo: normas de moral, en suma. Por muy grandes que sean los misterios y los dogmas de todas las religiones, esta de la creación de un nuevo ser humano es un rito por su propia naturaleza, tan asombroso y sagrado que bien merece de todos nosotros el sacrificio de quitarnos los zapatos de nuestra propia grosería.

MORAL SEXUAL

Los problemas que aquí tratamos de estudiar son exclusivamente los que atañen a la nueva moral sexual, puesto que la moral, no obstante el pretendido intento de los filósofos de que fuera una y universal, es polifacética y ofrece en cada nueva nación un significado diverso y un aspecto totalmente diferente. La actuación de la moral sexual en el nuevo campo es absolutamente personal. Lo que nosotros pretendemos es que cada individuo pueda crearse una moral a su hechura, que se respete el campo de acción individual y que, a base de este mutuo respeto, se encuentren las únicas restricciones posibles a la acción que cada uno intente desarrollar. Cuando hablamos de moral sexual casi tratamos de una moral social en todos aspectos, porque lo sexual aparece mezclado a todos ellos. Desde el dicho proverbial de que cuando un hombre comete un disparate, se pregunte inmediatamente: «¿Quién es ella?», hasta los actos más nimios de la vida, todos están impregnados de un carácter sexual. Un hombre sexualmente satisfecho, desempeña su misión con absoluta segu-

ridad de ánimo. Un hombre que no ha podido adquirir esa satisfacción, no puede llegar más que a un pesimismo en sus actos, que primero se traduce en desazones y que puede llegar hasta causar el suicidio o el extremo desarrollo de los instintos de rebeldía. La conducta del individuo en plano sexual debe estar alejada de toda restricción ante la ley y ante el «qué dirán», ley imperiosa a la que muchos hombres se someten. Al igual que juzgamos que la vida sexual debe estar y de hecho lo está dependiendo de la otra vida social, también los restantes individuos para asegurarse un mutuo respeto a su conducta, deberán no ver en sus compañeros más que los entes indispensables con quienes tienen que tratar en su negocio, en su trabajo, en su profesión. El hombre debe saber que su vida sexual está salvaguardada por el silencio y el respeto de todos, siempre que no trate de imponer sus designios a la fuerza. Tal es el nuevo criterio de la moral sexual, que por lo mismo que está tan dotada de un hondo carácter social, tendrá que ser eminentemente tolerante. La moral sexual es sobre todo y ante todo revolucionaria en estos tiempos, teniendo en cuenta las primitivas y ya caducas concepciones. Frente al criterio absolutista y despótico de aquellos viejos postulados morales, este otro libertario y amplio en el que todas las derivaciones normales y anormales de la vida sexual se autoricen sin más responsabilidad que la contraída ante los nuevos seres que se pretenda traer al mundo, será un verdadero contraste. Las relaciones sexuales sin consecuencias, podrán ser lo mismo en uno que en otro sexo, absolutamente legítimas. La nueva moral sexual es hoy revolucionaria. Mañana será lógica. Pasado, ¿qué será?...

LA HOMOSEXUALIDAD ANTE LA LEY

En la mayoría de las legislaciones existe declarada como crimen la conducta sexual grosera, pero la ley se atreve tan sólo a censurar y no a construir sobre ello, procurando que ante ella se eviten hechos juzgados como delitos, pero

que en realidad ofrecen una muestra del inevitable fracaso legal, que obliga a los jueces a pensar, de acuerdo con una ley retrasada, cuando muchos de estos hechos ante la conciencia popular, que es el inevitable juez supremo, no tienen ya consagración. Mr. Justice Holmes pronunció recientemente un discurso ante la Asociación de Tribunales del Estado de New York, y en él incluía el siguiente párrafo: «El otro día repasaba yo la historia de Bradford y hubo de sorprenderme encontrarme con la descripción de las horribles solemnidades que acompañaron a la ejecución de un hombre por un delito que sin duda alguna figura todavía en los Códigos como un grave crimen, pero del cual no se oye hablar ya en los tribunales, y que a juicio de muchos sería mejor castigar sencillamente con el enojo de los seres normales, y que unos cuantos considerar solamente como una aberración fisiológica que ofrece interés solamente para el médico.»

Según las ideas puramente lógicas, pesa menos cada vez en el espíritu de jueces y legisladores la actitud legal frente a los problemas sexuales que ya se ha ido acomodando a la concepción de la nueva moral. Hoy ya se juzga que la investigación en la conducta personal es un hecho reprobable y vergonzoso y que va en contra de la más elemental libertad. En las garantías que se recogen en los países donde hay constitución, se piensa hoy en incluir que «cada uno tiene derecho a ejercer con libertad su vida sexual, sin la menor molestia por parte de la autoridad pública, en tanto no perjudique los derechos o las garantías de otros seres». Es algo así como el principio de que todos tienen derecho a vivir mientras con ello no se perjudique el derecho legítimamente adquirido de otra persona. Esto es, se concede la misma libertad en el campo sexual que en los demás aspectos de la vida. Este es el fundamento de la nueva libertad, porque cada uno satisface como puede y desea sus instintos siempre que haya otros seres que a ello se presten. Garanticemos la defensa de los que rechacen esas proposiciones, pero no seamos más «papistas que el papa» y castigemos lo que hecho

de común acuerdo no sólo no es un delito, sino que resulta una satisfacción.

LA PROSTITUCION

Un ejemplo trascendental en estas cuestiones sexuales es el de la prostitución. El hombre no estará nunca dispuesto a buscarle una solución radical porque ninguna de ellas le conviene. El necesita tener a su disposición un cierto núcleo de mujeres que hayan vivido sólo para el sexo y por el sexo y que estén en condiciones de satisfacer sus más bajas pasiones. Hacerle casto, no por ñoñería, sino por necesidad, por higiene, por moral, hasta que realmente lo necesite actuando libremente, es una labor de una educación más lenta en la que puede intervenir, y de hecho interviene ya en algunas ocasiones la madre. Los hombres, por una complacencia consigo mismo, mantienen perennemente lo que se ha llamado una «institución necesaria»; pero con ello no hacen otra cosa que ofender seriamente a la sociedad. A las mujeres así afrentadas y dedicadas, no por su voluntad, sino por la disposición del propio hombre que las arroja a esa situación, se las priva de hogar, de la familia; se les niega la maternidad y no se les deja ser productivas para la sociedad. El sexo aparece aquí apartado de su verdadero y legítimo uso, personalizado y convertido de este modo en el deleite temporal de uno de los propios actores de ese proceso. El sexo no representa un valor tan típico que a él hayamos de circunscribir nuestra existencia. El sexo es todo el hombre como toda la mujer, y por consiguiente los dos pueden ejercitar libremente, sus atributos sexuales con pleno cerebro, actividad, voluntad, en otros trabajos más productivos para la Humanidad que por los dos se forma. Hacer más elevado este papel del sexo tomado como deleite, es un error y un absurdo.

Coincidimos con Carlota Perkins, cuando ésta afirma que «no es por puritanos ni por moralistas por lo que censuramos esta relación absurda. Igualmente absurda cuan-

do se la considera como una virtud, que cuando se la mira como un pecado; lo mismo cuando se ve en ella una necesidad, que cuando se la considera como un grave insulto, tanto a la sociedad como a sus actores». Si hemos de apreciar alguna vez al sexo en su verdadero valor, habrá de ser reconociendo su totalidad y no sobreestimando una parte de él. Existe para nosotras, las mujeres, este tema importantísimo, y que, aparte de sus otros caracteres, tiene una honda trascendencia social. Nosotras, las que luchamos con tesón por el definitivo respeto de nuestros derechos, no podemos olvidar jamás en nuestra campaña a esas otras mujeres, víctimas de una injusticia social, carne de hospital, lacra de la Humanidad inconsciente, y que arrojadas de todas partes van a caer en el lodazal del vicio por el fatalismo a que nosotras, las demás mujeres, con nuestra actitud, las empujamos. Al enfocar este problema, es justo que la primera protesta vaya dedicada especialmente a esas compañeras de sexo, a las que nunca les ha llegado un halo de ternura ni aun siquiera de conmiseración y de piedad. Yo estimo que todas las mujeres, por el mero hecho de serlo, contraemos también una obligación de luchar con la palabra y con la pluma, dentro de nuestras fuerzas, por apartar de nuestra sociedad esa dolorosa institución de la prostituta, víctima de la «majeza» de un señorito libertino, o producto trágico de una enfermedad que al corroer su naturaleza ha minado hasta el menor asomo de moralidad y de conciencia. ¡Contra la prostitución! ¡Por la libertad del amor! Esa debe ser nuestra aspiración. Que en todas nuestras campañas haya siempre un sello de abnegación y no de egoísmo. Derechos para la mujer que tiene medios para defenderse, sí. Pero primero derechos para la explotada, para la escarnecida.

EL INFANTICIDIO

Problema trascendente en verdad el del infanticidio. Más doloroso que el del aborto, y desde luego mucho más que

el de los métodos anticoncepcionales, es el del infanticidio, particularmente practicado por los propios padres. No así cuando la contumaz rebeldía de éstos haya traído al mundo por encima de leyes y preceptos, seres que sólo servirán para hacer desgraciados y cargar al Estado con un peso que habrá de resultarle forzosamente gravoso. Sin embargo, el infanticidio practicado en la actualidad no deja de tener una dolorosa y punzante realidad, aunque no es el medio aconsejable y útil de resolver estos conflictos en un futuro, sino en un caso extremo. Cuando el aborto pueda implantarse, y las prácticas anticonceptivas se hayan vulgarizado, será porque asimismo la educación sexual que ello implica se habrá extendido también a todas las clases sociales y en todas las ocasiones, y en estos casos tan sólo alguna muchacha excepcional, que no haya recibido educación alguna en este respecto, podrá ser la víctima propiciatoria, que será disculpada si en el término ya, lanzada por la desesperación a que la conduce su ignorancia mata el fruto de sus ilícitos amores, cuando él viene a constituir para ella una pesada carga. Porque lo primero a que deberemos tender será a que desaparezca ese estado de opinión que hace hoy la vida difícil para la madre soltera, que con su hijo en brazos pretende abrirse paso en el proceloso mar de la existencia. Cuando esto suceda, los hijos que mueran en estas condiciones obedecerán a un secreto deseo de la mujer, o a un afán de ésta de privarse de ellos, porque pudieran ser obstáculos para determinados fines. La opinión de los moralistas es idéntica a este respecto. Desde el más rígido, Bentham, que afirma que el infanticidio es delito, pero que debiera castigarse teniendo muy en cuenta las condiciones y circunstancias de sus autores; hasta Kant y Fouillée, más avanzados, hay toda una gama de opiniones. Incluímos las de estos últimos, por ser las más típicas de la escuela moderna, más humanitaria y más justa. Dice Kant: «El infanticidio del niño ilegítimo no es delito. El nacido fuera de la ley no puede ser protegido por ésta.» Y añade Fouillée, menos rígido y más sentimental: «El infan-

ticidio es simplemente una protesta contra la ley que no protege.» Verdad, innegable verdad. Es indispensable que la educación sexual se extienda; que se instalen, al igual de Inglaterra, clínicas en las que las mujeres que así lo deseen puedan ser adiestradas en las prácticas anticoncepcionales y atendidas si el caso lo requiera; hace falta que la mujer se haga más culta y más perspicaz, porque siendo culta la mujer, dice Marañón, y con evidente justicia, no caerá en la maternidad como en una «trampa sin salida». Dolorosa expresión, pero veraz, que no otra cosa representa la maternidad para la mujer, ya que ellas van al matrimonio henchidas del más puro y entrañable instinto materno, pero en un grado de desconocimiento absoluto de la importancia de su misión. Y así, ellas, víctimas de su estado de ignorancia, pierden los encantos de su sexo, se agotan, se vuelven indiferentes y tristes, las abruman los cuidados del hogar, hacen insoportable la vida del hombre, y van por último a ser víctimas de esa sociedad que inconscientemente las tritura, sin pensar en ese dolor que ellas mismas se han buscado, pensando tan sólo en que ellas no tienen la culpa de que los hombres no se hayan preocupado, como tampoco lo han hecho las mujeres, de hacerse más cultos, más inteligentes, más capaces, de aprender lo que hace ya muchos años están poniendo en práctica muchas otras naciones. En efecto, la Naturaleza no tiene la culpa. Son las propias mujeres las que se obstinan en permanecer con el mismo criterio cerrado que en la edad de piedra. Ellas, las que ponen en práctica el célebre aforismo de «aquí me dejó mi abuela y aquí me volverá a encontrar». No ignoran que hace falta renovarse, y airearse y moverse definitivamente, y bañarse hasta quedar bien limpias y frescas en las aguas de la feliz y sonriente modernidad, y sentirse restauradas por el poder vital de la nueva ciencia que les ilustra, y abandonar de este modo preocupaciones que agobian, y dilataciones físicas que son engorrosas y les hacen perder su belleza y su juventud, y caracteres agrios y doloridos ante la complicación de todos los problemas, y

todo en fin lo que constituye la tragedia vital e inseparable de toda mujer, desde el momento en que ella, creyendo que hace lo posible por salvar a la Especie, no vacila en rendir culto a la más exuberante maternidad. Tienen que aprender estas mujeres, que el Amor que un tiempo pudo ser su divinidad inspiradora, hoy resulta un móvil falso y egoísta, que para el hombre ya no se limita todo al terreno sexual, sino que tiene, al igual que ella, muchos otros campos y actividades en los que moverse y distraer su inteligencia y su personalidad, y que en el plano sexual habrán de sacrificarse en todo momento antes los imperativos supremos de la Eugenesia, aprendiendo que en cuanto sea sólo satisfacción corporal, puede guiarlas el amor y la atracción de los sexos; pero en cuanto tienda a tener consecuencias para ellos y para la sociedad, todo habrá de tener que estar regido por el criterio de la nueva moral en beneficio de la Especie humana, que valiéndose de esos medios se perpetúa. «Es necesario echar abajo violentamente el gran mito de que el amor justifica todas las cosas que se cometen bajo su advocación; por lo mismo que es excelso, puede ser manto de las cosas nobles, pero no tapadera de las innobles.»

EL ADULTERIO

Actualmente esta es una de las plagas más grandes que dominan a nuestra sociedad en cuanto que intenta atacar en todo lo posible la vieja moral hasta hoy existente. Es el adulterio la válvula de escape por la que unos cuantos seres, condenados a una existencia de perenne unión, pretenden encontrar la felicidad que en sí mismos no han hallado. Aparte ya la primordial injusticia que aún se conserva en nuestra ley, de que tan sólo el adulterio de la mujer, por ser el que produce escándalo y el único que puede tener consecuencias graves, es penable, lo cierto es que tampoco nosotras, las mujeres, podemos aceptar ni con mucho, el otro criterio de que la mujer pueda matar a su marido casi impunemente, al igual que aquél pue-

de hacerlo respecto de ella como en la actualidad. Ello nos parece injusto y absurdo destrozo de una pretendida igualdad. Lo que nosotros debemos luchar por obtener, es que no se convierta en realidad esos preceptos legales, eliminando de nuestra moral ese viejo y carcomido concepto de una fidelidad que en los más de los casos no se respeta en la práctica, o si se hace es a costa de una violencia. Todos los amores libres han tenido que mantenerse al margen de la ley, porque habían surgido, para desgracia de sus protagonistas, cuando los dos o uno de ellos aparecían indisolublemente ligados a otros seres en quienes no habían logrado hallar la anhelada felicidad. ¿Quiere esto decir que lo justo y lo eficaz sea el hacer más inflexible, más moral, más dura la penalidad haciéndola extensiva al hombre, que en el 101 por 100 de los casos se salta a la torera la ley y la moral con todas sus consecuencias...? No. Todo lo contrario. Ello es esclavizar más y someter a esta presión, para desgracia suya o por lo menos su preocupación, a mayor número de seres. Y nuestros anhelos deben ser de libertad para todos o para los más, no de opresión. Por ello, el delito de adulterio debe empezar por ser eliminado de nuestro Código. Y una vez logrado esto, ir obteniendo, por una educación sexual paulatina y metódica, lo que hasta aquí no ha podido tener realidad: la desaparición de esos celos absurdos y de esa idea no menos falsa, de una propiedad totalmente errónea, no sólo del cuerpo del otro cónyuge, sino de su amor y devoción para toda la existencia. Esto que los hombres han remediado con la bigamia o poligamia cuando les era posible, con el adulterio casi siempre y ahora con el divorcio, es exigencia legítima de la humana naturaleza. Legalizarla y ampararla debe ser nuestro deber.

LOS CELOS

Uno de los mayores obstáculos con que la libertad ha chocado en su desarrollo, ha sido el de un hábito rancio

por su abolengo y por su esencia y de profundo origen psíquico, esto es, apartado de lo normal; pero en el que todos los hombres civilizados han ido cayendo para desgracia suya lentamente, unos porque realmente lo sentían, otros porque la educación y el ambiente han contribuido a arraigarlo en ellos. A combatirlos por absurdos, por falsos y por profundamente inmorales, debemos dedicar todos nuestros esfuerzos. Pero indiquemos primero lo que son.

Pero antes que definir psicológicamente los celos, preferimos analizarlos como un módulo ético. La finalidad fundamental del hombre es la felicidad. Y para ser felices dos individuos, como las naciones deben ser libres, en la máxima medida posible, para perseguir y alcanzar esa dicha según la ley de sus genios. Y los celos, según hoy los sentimos, son opuestos a todo intento de liberación. Donde ellos existen, la libertad no existe. Estos empezaron con las batallas brutales de los primeros machos humanos por la posesión de las hembras. Biológicamente, fué provechoso para la especie que el macho más fuerte y bravo se propagase, y el más débil quedase postergado hasta hacerse él también un campeón, porque esas luchas sin armas rara vez serían fatales. Biológicamente fué ventajoso que la hembra eligiese y optase por el macho más útil, pues por este método, la selección aparecía antocráticamente indicada con precisión científica. Desgraciadamente, todos nosotros nos esforzamos en laborar durante nuestra existencia por la injusticia y la impostura. Luchamos, pues, por un ideal huero; pero como en el fondo del alma reina nuestro descontento, el infierno ha trasladado sus angustias a nuestra existencia en esta lucha absurda por procurar civilizarnos más, cuando lo que hacemos es retroceder a una vida de barbarie y de injusticias.

El caso de celos es en realidad un problema de civilización, que según las tendencias ésta se agrava o desaparece. Por ello, se presenta actualmente un tipo de celos que un tiempo dió lugar a verdaderas tragedias, y que hoy es juzgado como absurdo ante la moralidad. Cuando

dos hombres se declaran a la misma mujer, y ésta rechaza a uno de ellos, nadie piensa hoy que el preterido tenga derecho alguno a reclamar daños y perjuicios del agraciado o a darle muerte, por mucho dolor que le cause el verse postergado. Ese dolor, por lo mismo que se juzga inevitable, se pasa hoy con más o menos amargura, igual que la pérdida en un juego en el que se ha puesto un profundo interés vital. Cuando entre los cónyuges se acaba el amor por parte de unos de ellos y el otro aún lo conserve, éste no deberá quejarse nunca, puesto que nadie tiene realmente la culpa de que aquel proceso, a un tiempo fisiológico y psicológico, haya tenido lugar. Y sin embargo, ante la sociedad, ello es penable con el desprecio moral, con la pena del adulterio, con muchas otras que no son sino simples trabas al verdadero derecho de libertad en el amor que debe tener todo individuo. Todos debemos acostumbrarnos a la idea de que el amor puede y debe acabarse, teniendo para ello un legítimo derecho ya reconocido y justificado, lo que haría que nos apercibiéramos para esa contingencia, y que sufriéramos menos cuando ella se presentase que cuando ahora estimamos que el amor es susceptible de propiedad y que es un crimen que nos priven de él o nos lo arrebatan. Hace falta modificar todas las propiedades, y por consiguiente ésta tan absurda propiedad del amor.

EL CRIMEN PASIONAL

Como resultado de esta fatídica intervención de los celos, más desarrollada en los países de espíritu meridional, acaso también por el afán impulsivo y dominador de sus habitantes, vemos en todo momento el crimen pasional. Constantemente ante los Tribunales de Justicia pasan estos actos, en los que la mujer es siempre víctima para asegurar la majeza del hombre, y afirmar más sus pruebas bien equívocas de virilidad. El hombre que ha de recurrir a estos extremos para probarla, es porque en el

fondo, como aseguran muchos científicos, los celos no son otra cosa que unos formidables perturbadores, en los que el hombre reconoce, porque a ello se ve forzado, su inferioridad, ante la posibilidad de que la mujer, no satisfecha física o espiritualmente de él, pueda buscar en otro una más adecuada y absoluta satisfacción a esas sus necesidades o aficiones. Nosotros, que tenemos en todo momento una repulsa para el crimen pasional, y para su ejecutor, no podemos por menos de sentir también hacia éste una cierta conmiseración. La desgracia mayor de aquel hombre ha estado, no en los años de cárcel a que le condenen y en los que una tranquilidad y hasta satisfacción llena su ánimo hasta donde es posible, sino en los años, meses y días de incertidumbre, de preocupación, de doloroso reconocimiento de aquella su inferioridad. Si el hombre hubiera recibido una educación lo suficientemente explícita para que comprendiera hasta dónde llegaban sus derechos sobre la mujer a la que estaba unido y cuáles eran las libertades que podían concederse uno y otro impunemente, y las que cada uno tenía la obligación de garantizarse mutuamente, estos actos no sucederían. Con extraordinaria frecuencia, asimismo, los ejecutores de crímenes pasionales son enfermos o locos. Esto se explica teniendo en cuenta que tan sólo un enfermo es incompleto sexualmente, y cuenta que tan sólo un enfermo moral —vulgo loco, aunque dentro de la locura existen las más varias gradaciones— es capaz de matar haciendo uso de una costumbre que, aunque reconocida por la sociedad como posible y existente, es penada bárbaramente por una ley, que en su injusticia no vacila en castigar lo mismo que ella tolera y exalta. El crimen pasional es desde luego reprobable; pero más que por la persona del criminal, por la de la sociedad, que ha incubado a estos delincuentes, que tienen de la moral, de la mujer y del amor un concepto desde luego absurdo y falso; pero que se lo ha enseñado la misma sociedad que los ha creado y la misma religión en que han sido educados. A ellas, pues, la culpa de estos hechos. A ellas también la responsabilidad.

URGENTES TRANSFORMACIONES DE LA MORAL SEXUAL

Existe un delito más extendido y aún más grave que los de la homosexualidad o prostitución, acogido entre los repliegues de los viejos Códigos, y que forzosamente, en una cada vez más urgente reforma sexual, habría de desaparecer. Por adulterios los delitos no son ya de hecho penados ante la conciencia popular, aunque suele siempre acogerse el ofendido a los Estatutos en los que se prohíbe. Pero frente a legislaciones como la de Nueva York, que no da la ciudadanía a quienes cometen adulterio, hay otras, como las de otro Estado norteamericano, Maryland, en el cual el adulterio tiene una pena máxima, que es una multa de diez dólares. Cuando se ve la desproporción entre unas y otras legislaciones, y se comprende que la Moral sólo puede ser una, nosotros estimamos que lo más sutil y lo que menos provocaría la extrañeza sería el eliminar en absoluto estos hechos del concepto de delitos. La vida sexual es libre en tanto no perjudique la subsistencia, la seguridad física o moral de otro ser. No veamos la gravedad que en sí encierra un adulterio ante la vieja moral, y en contraposición la pena ridícula de una multa máxima de diez dólares. Estos países norteamericanos, tan poco amigos, porque con frecuencia incurren en este defecto, de caer en el ridículo, deberían evitar estos hechos, a lo menos por estar en razón. Hagámoslo nosotros por espíritu de justicia, de cordura y de sensatez.

SOLUCION A ESTOS PROBLEMAS (RUSIA)

Tan sólo en unas breves palabras expondremos la situación en este país, como único medio de llegar a una

solución definitiva. Una formidable organización ha logrado allí que en la actualidad la sífilis y la prostitución hayan disminuído de modo unánime y atrozmente. La absoluta libertad de amor y de elección, la no trabazón de leyes reguladoras del matrimonio ni de uniones legítimas o ilegítimas, y demás normas tolerantes con esta libertad de disposición corporal y espiritual, han hecho en Rusia casi inútil a la prostituta. En España la mujer honesta necesita del matrimonio para entregarse con todas las legalidades a un hombre. Allí puede hacerlo libremente, con o sin contratos, y no tan sólo puede hacerlo, sino que ante la moralidad, ante el «qué dirán», el juicio ajeno, no es un hecho reprochable, sino natural. El hombre y la mujer pueden, pues, satisfacer sus instintos o sus afectos libremente. El amor mercenario, el amor pagado, no tiene razón de existir donde el amor verdad y la atracción sexual pueden cumplir su cometido, libremente, sin traba ni molestia alguna por la ley ni por la sociedad. Ha habido, pues, dos medios empleados en Rusia para poder triunfar: uno, el directo de lucha contra la prostitución unido a la lucha contra la sífilis y el alcoholismo; otro, el indirecto de propugnar la libertad en el amor que ha destruído de raíz esa institución de la prostituta, que no es más que una prueba de que la sociedad busca por todos los medios ese amor y esa libertad que ella misma egoístamente y siguiendo necios prejuicios no se concede.

LA EDUCACION DEL SEXO

Nosotros estimamos que la educación del niño pasa por muy diferentes fases, según la edad en que se inicie o en que se continúe. Vemos las diferentes gradaciones o etapas en que se divide la edad en la que el niño es susceptible de aprender desde su nacimiento hasta los dieciocho o veinte años. Hay, por lo tanto, esta serie bastante larga de años; pero en realidad muy corta si se tiene en cuenta la magnitud de la labor que hay que desarrollar para po-

der escalonar la labor educativa del padre. Ante todo afirmamos que es el padre, por eminentes médicos y pedagogos que haya, quien debe desarrollar esta labor. Ni al maestro mercenario ni al médico, con ser mucho más capaz, no por ello menos desconocedor de los móviles psicológicos del niño, aunque los fisiológicos estén relativamente a su alcance, corresponde definitivamente esta labor.

El sexo, por otra parte, tiene un desarrollo aun más profundo desde su iniciación en aquel momento en que aparece, según Freud, la primera tendencia subconsciente del niño que se ofrece hasta en sus primeras orientaciones en el «complejo de Edipo», y la que comienza con la existencia de la criatura, hasta los instantes en que definiéndose cada vez más profundamente, en esa lucha señalada entre los dos sexos, cuya coexistencia en el factor hombre está plenamente probada, llega en la pubertad al vencimiento definitivo de un sexo o del contrario, labor que más tarde se perfecciona y termina. La misión paterna debe ser la de procurar a cada hijo, según su sexo, una educación y orientación diferente, dentro de la comunidad y de la coeducación absoluta posterior. Los juegos, las diversiones, el trato con personas de diferente sexo, todos estos factores de los que muchos padres no suelen ocuparse, tienen un interés extraordinario. El niño reposado, al que le gusta almacenar «cacharritos» y que es un descanso para la madre, no tiene verdadero sexo varonil; en la lucha que se mantiene en el interior de su organismo está venciendo el «eterno femenino». La educación apenas denota esta desviación de índole puramente sentimental, aunque no llegue a ser fisiológica, debe ser más intensa en sentido opuesto. La niña bullanguera, que salta con los muchachos, que gusta de trepar y de «enredar» con esas travesuras muy propias del aventurero espíritu varonil, revela en ella un predominio de esta tendencia que es preciso eliminar u orientar. La coeducación, la comunión, sólo cabe en la inteligencia. Hay que dar los a dos sexos la misma cultura, la misma educación, en los mis-

mos parajes, con los mismos libros y para los mismos fines; pero hay que mantener dentro de cada niño el sentido profundo de su sexo y de su carácter específico de acometividad o de relativa timidez. En cada oficio, en cada profesión, hay un sector en que la mujer tiene un campo y el hombre otro. Aunque laboren juntos en la obra común, aunque planteen los mismos problemas, hay que procurar que ellos conserven desde niños sobre cada uno de ellos un punto de vista diferente. Esa es la misión trascendental de las madres, que están más en contacto con sus hijos, para evitar equívocos desgraciados en un mañana. Esa es la labor de verdadera educación sexual, educación física diferente, educación intelectual, común. Iguales en la inteligencia, donde no puede haber discrepancia; pero desiguales en las aficiones, en los gustos, en las aptitudes.

Ahí está la clave de la diferenciación suprema de los sexos. Ahí es donde debe radicar el verdadero anhelo del feminismo. El que la mujer sea igual al hombre en capacidad, pero fundamentalmente distinta en sensibilidad. Si pierde su apreciación particular y típica, la mujer no será un «tercer sexo», como dicen los antifeministas; será un ser cuya naturaleza física se habrá torcido por una deficiente orientación familiar cuando estaba realmente capacitada para dirigirse hacia el bien.

Apenas el sexo se aproxima al estado de definición absoluta, que es la pubertad, empieza para los padres el problema de la iniciación sexual. Tan escabroso es, tomando escabroso, no en un sentido pornográfico, sino como etimológicamente representa, tiene tantos escollos que los padres suelen alegrarse de advertir por cualquier muestra en la conducta de sus hijos que ellos conocen ya —directa o torcidamente el mecanismo de los sexos—, y al creerse relevados de cumplir esa obligación.

La iniciación sexual, según Martial y D. Vachet en la *Comunicación a la Academia de Medicina de París*, incumbe a los médicos. Primero —dicen— se les hablaría a los niños del acto sexual, como muy serio para la mu-

jer, a la que puede acarrear la muerte, le lleva desde luego al término de la salud y en todo momento al sufrimiento. Se les podría llevar fácilmente a una mayor cordura en los juicios. Se les podría citar constantemente, y reforzándolas, las estadísticas de las prostitutas infectas; se les hablaría de la mentira que esas promesas de amor encierran; de la bajeza en el disfrute de esos placeres comprados; del disgusto que más tarde se experimenta. Y terminan diciendo: «Ahora, que lo que se haga en la escuela no sea contradicho en el hogar.» Pero es que aunque sean aceptables las conclusiones de Martial y Vachet, dejan en pie el problema que radica en el conocimiento que tengan esos niños del acto sexual y de la misión específica de cada sexo. Tal vez se podría obviar el problema, viendo los medios expuestos por Russell en su *Pedagogía*, y divulgados en algunas otras naciones, de enseñar a los niños textos de Anatomía y de Fisiología que le hicieran comprender cómo una materia más, sin darle más importancia que las restantes, las diferencias de cada sexo, y paulatinamente la misión por ellos llamada a desarrollar. Es este el medio de mantener su inocencia, directamente, sin engaño ni rodeo alguno, llegando a la revelación sin querer hacérsela, como si nada hubiera que descubrir, siendo lo averiguado como un conocimiento más que es útil conocer. El cuidado de la escuela estaba, pues, resuelto. El de la madre en el hogar estaba en aislar definitivamente de sus conversaciones, de su trato, en procurar alejar al niño de otras compañías de muchachos mayores y dejarles en una libertad vigilada y cuidadosa, haciendo los esfuerzos ya indicados por Martial y Vachet de que lo que se haga en la escuela no sea contradicho en el hogar. La madre debe responder a las preguntas que el niño le haga, con claridad y rapidez. Serán preguntas, en cierto modo científicas, de curiosidades, que al niño le interesarán sobre esas materias que estudia. La madre no debe callar ni dudar nunca; debe contestar y seguir en su labor. El niño entonces no tiene interés, como si se tratara de quebrantar una negativa.

pertinaz o de vencer una ignorancia en la que querían dejarle sumido, buscándose explicaciones a aquellos hechos incomprensibles.

Paulatinamente, lentamente, el niño llega de este modo al conocimiento de los hechos. Una Fisiología Superior en todos los estudios, o esas enseñanzas en la escuela, o en los talleres para niños, cuya iniciación se haya realizado, completarán la labor. El cuidado esencial de orientación es para antes de que esta iniciación se realice. Después es el instinto mismo el que responde inconscientemente las cuestiones y dudas que se planteen. Un niño sano, ocupado en su trabajo, con una tutela en el hogar que no coarte su libertad, sino que siga concediéndosela, pero adiestrándole en el uso de que de ella deba de hacer, proseguirá su vida normal. En este aspecto, la labor desarrollada por Martial y Vachet es indispensable. Hoy no se vacila, no ya en Rusia, donde se inició en 1919, sino en muchas naciones, en poner desde las escuelas carteles, pruebas gráficas de los daños del alcoholismo. Igual debe hacerse esta propaganda escolar, sencillamente natural, contra la sífilis y la prostitución. Propaganda escrita, primero; oral, más tarde; por el cinema educativo, en todo instante. En cuentos, en películas apropiadas a las inteligencias de los niños, debe dárseles esta orientación y esta ruta. Ultimamente leía yo un cuento sencillo, cuento infantil, y en el que se daba una profunda lección en este sentido. Se trataba de una niña que no tenía más que una cama de juguete y un cochecito, y al que su padrino regaló tres muñecas. Encantada con las tres, eligió aquella a quien prefería por parecersele más, y era a ella a quien, no obstante el dolor de las otras muñecas y el suyo propio, acostaba en la camita y sacaba a pasear en el coche. Hasta tal punto llegó la rabia y el dolor de las otras muñecas, que una noche «llegaron a las manos», y a la mañana siguiente, cuando la nena despertó, halló a sus tres muñecas rotas y destrozadas a los pies del único coche y de la única camita. Y sacaba el cuento la moraleja de que no se pueden tener tres muñecas cuando sólo se

tiene una cama y un coche. Con medios similares, en este aspecto como en los restantes de problema sexual, creo yo que podría lograrse esta definitiva orientación del espíritu infantil en un sentido de castidad, que no es ñoñez, y de consciencia, que no es pornografía.

PATERNIDAD CONSCIENTE

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

¿Existe y puede darse la conciencia de hecho en la paternidad...? ¿Dónde empieza? ¿Dónde termina? Innegable la necesidad y la «realidad» de esta conciencia, aunque haya muchos que pretendiendo exaltar la divinidad del momento «conceptivo» aseguran que este es, por lo mismo, inconsciente. Falso, totalmente falso. La divinidad no es nunca inconsciente, sino, por el contrario, más capaz en el momento de crear sus obras. Y la conciencia del hombre empieza en ese período preparatorio del «noviazgo», que no es mero pasatiempo, sino comprensión espiritual y aprendizaje en el arduo sentido de sacrificio que le espera, y se continúa porque no tiene fin en la labor de educador del nuevo ser, haciendo de la cualidad de paternidad el jefe de su existencia, el faro de su vida, en torno al cual su actividad física o moral no son más que accidentes que obedecen a una misma y suprema voluntad. La conciencia paterna no termina nunca, aunque terminan los hijos, porque el hombre tendrá siempre como individuo una posición de «educador» respecto de la Humanidad, y podrá sentir antes y después las alegrías de concebirse un poco padre de los demás hombres. Porque este nombre de padre, con todas las propiedades que trae inherentes, es lo más sublime, lo más perfecto que puede darse en la Naturaleza.

Problema difícil éste de donde radica la conciencia de la paternidad, y susceptible de las más hondas y adversas críticas. En parte, porque se le suele complicar con otros problemas que, aunque interesantísimos en sí, no

guardan con el meramente sexual una relación directa. Este problema de la paternidad consciente implica dos períodos: el del momento de la concepción y el de la educación del hijo. En el primero, es en el que más se discute la posibilidad de que pueda existir consciencia en el hombre y aun en la mujer. Sin embargo, para un hombre que haya tenido a gala el adquirir una cultura o conocimiento sobre estos problemas, este momento es el de suprema consciencia. Los hechos lo prueban constantemente. Desde el momento en que el hombre ha pensado en su sanidad y en la de la mujer a quien se une, entra ya la consciencia preconcepcional. La postconcepcional, aunque inmediata al acto, es asimismo comprensible. El hombre que no desea aumentar su prole, y que sabe que cuenta con la conformidad de su mujer, debiera evitar las consecuencias de aquel acto, que sólo habría de dar por resultado una familia numerosa y a la que le sería imposible el sostener. Tal el aspecto tan trascendental de la conciencia humana. El pre y el postconcepcional. Consciencia que hoy le impondrá tan sólo la voluntad, y que mañana será el Estado quien se encargará de imponerla a los rebeldes y dañosos, limitándoles por su cuenta el número de hijos al de ciudadanos que pueda mantener el Estado sin más que el esfuerzo cotidiano y normal. Pero donde la consciencia real del padre entra es precisamente en el período educativo. Durante cuatro o cinco años, por lo menos, el niño habrá de vivir vida interna, esa vida en la que desarrollará sus facultades, sus deseos y su inteligencia en el hogar. El padre deberá imponerse la obligación de hacer de éste un santuario de paz y de alegría, un punto en el que reine simplemente la felicidad y no la desgracia, en el que el cariño y la educación de su parte constituyan el ambiente definitivo en el que el hijo se habrá de mover y actuar. Por ello, si el padre no está en condiciones de conservar el hogar durante esa etapa, es más preferible que lo abandone definitivamente y lo deje a cargo de la mujer, a que esté dando a los hijos prueba de su bestialidad, de sus desengaños, de sus ce-

los y hasta de su barbarie.. El padre debe imponerse el sacrificio de abandonar toda palabra malsonante que pueda quedar grabada en la placa de cera, que es la mente de su hijo. Deberá estar pronto en todos los momentos, que todos son útiles para esa labor, a desarrollar y cultivar la inteligencia de su hijo, ejercitando sus facultades, haciéndole más listo, más comprensivo. Un nuevo término que el niño aprenda, un nuevo rincón de la casa que conozca, un cuento más que se le narre, todo ello forman los cimientos de aquella personalidad infantil, en la que esta primera orientación habrá de quedar para siempre grabada. El niño debe crecer libre, sin imposición de creencia religiosa alguna. No hay nada que más pierda a los individuos que la creación desde muy pequeños de los hábitos de rezar — por ejemplo—, a que muchos padres les acostumbran, aunque más tarde no les haya de importar que sean descreídos o renieguen de su situación anterior. El niño tiene tanto derecho a la independencia de su conciencia, que el padre habrá de mirar mucho antes de crear en él ninguna costumbre, que no esté seguro de que no haya de poder chocar más tarde con las tendencias libres e impulsivas del hijo. Y ese respeto, que hace inviolable la conciencia del niño, le da a éste la garantía de que será respetada su libertad en esos momentos en los que no puede hacer uso de fuerza para defenderla. Que sean los propios padres quien, erigiéndose en tutores de sus hijos, que no otra cosa son, y no dueños como muchos erróneamente se creen, tomen a su cargo el defender estos derechos del alma del niño a permanecer libre y sin hábitos ni orientaciones en un sentido o en el contrario. El mayor valor del niño está en la inocencia y en la espontaneidad, nunca en lo que se hace por costumbre y por ritual. El padre que contribuye a que su hijo adquiera el hábito de rezar, lo que hace es matar parcialmente el espíritu del hijo tan querido, condenándolo para siempre a ser la víctima de todos los prejuicios. Esa es la suprema lección de consciencia que habrán de aprender los padres que como tales deseen comportarse.

LA ESCUELA MODERNA

Nosotros debemos, al analizar este epígrafe, ver en la escuela su honda trascendencia para la psicología infantil, y, por consiguiente, el valor que tiene, ya que la escuela es el mundo del niño en el que éste se desenvuelve en la mayoría de los casos; y de la educación que se dé en la escuela depende su situación y su punto de vista ante los problemas futuros. Por ello, cabe admitir dos hipótesis: o dejar que en la escuela se analicen los problemas sexuales cuando empieza el despertar del instinto, esto es, tres o cuatro años antes de la pubertad —escuela retrasada—, o que, por el contrario, la escuela se adelante y tome al niño de entre los brazos de la madre, apenas existe posibilidad de formación sexual y a un tiempo psicológica. En el primer supuesto, la labor del hogar y dentro de ella, de la madre y el padre en segundo término, es más intensa y ofrece mayor responsabilidad, ya que tiende a que el sexo del niño se vigorece y se defina. Es, pues, una etapa en la que la madre ha de cuidar ante todo del desarrollo físico del niño, procurar crear en él nuevos hábitos que sean la trama de su subconsciente que haya de imperar para siempre en su existencia. En el segundo supuesto, a la escuela habrá de corresponder esa misión, en todo momento más difícil, dada la imposibilidad, aunque la escuela sea lo suficientemente moderna, de que se convierta en un hogar distinto para cada pequeño y adaptado al desarrollo físico y mental de éste. No hay que tener ese terror tan extendido a la escuela a base del sentido disciplinario de ella, ya que en una escuela modernamente orientada, esa disciplina que ha hecho recordar a algunos pedagogos puramente la del cuartel, a los niños se les concede un máximum de libertad moral dentro de las más ligeras restricciones materiales, y se procura desvirtuar el concepto de que los niños son allí lo secundario y los maestros lo esencial, con el hecho

de que al niño se le debe, inspirándole confianza y concediéndole un crédito de expresión libre y adecuada, consentir que dé su criterio y desarrolle su juicio sobre los problemas que estudie, sin ver en ellos meros temas memorísticos, sino, por el contrario, susceptibles de ser analizados y criticados. Veamos, pues, las frases que a la escuela moderna dedica Elisabeth Goldsmith en su obra *La conciencia sexual en el niño*: «La escuela moderna, finalmente, es un laboratorio donde mediante una verdadera observación del niño, de esta manera natural, se les puede asesorar a los padres respecto a las actitudes de la infancia, a los fines de salvaguardar la dinámica energía del niño, en vez de brindarles métodos conducentes a aminorar su curiosidad y sus actividades.» Tengamos muy en cuenta estas palabras y extraigamos la oportuna consecuencia. Hace falta una escuela capaz y orientada, pero también un hogar aún más capaz. La madre que tiene que atender a las reclamaciones de los hijos de muy distintas edades y muy numerosos, no tiene ánimo ni tampoco la suficiente adaptación para responder a las preguntas de unos, a las curiosidades de otros, al desarrollo de los restantes, sino tiene que estar en absoluto dedicada a ellos, y aun así, viéndose obligada a aislarlos en cuanto a esa satisfacción de su curiosidad, con lo que el niño a que se le somete a ese régimen, ve en ello un motivo de misterio, y aquellos que perciben ese criterio de excepción, desarrollan aun más su avidez en pro de ilusiones o esperanzas aun no realizadas, con lo que todos ellos, si son lo suficientemente sanos para ser bullangueros y curiosos, llevarían a la madre a un estado mental que terminaría con sus resistencia física y moral si tenía el afán de educarlos y orientarlos bien, o la obligarían a dejar que aprendieran en la calle, en contacto con seres depravados o con personas mal intencionadas, aquella orientación que ella, por el excesivo número y por el excesivo lujo de cuidados que habrá de prodigar a sus otras ocupaciones, no habrá podido darles. Terrible dilema para la madre. En él está la puerta franca del control de la

natalidad. La madre que no tenga más que para educar a un hijo, que no tenga más que uno; la que tenga para más, que los tenga espaciadamente, cuando crea que el peso se ha aligerado y está en condiciones de poder dedicar sus energías al servicio de un nuevo ser. Cuando la escuela moderna abre sus brazos al niño, la madre puede, si así lo desea y cuenta con medios económicos, físicos y morales para ello, entregarse a la labor de formar otro hijo, otorgándole todas las enseñanzas que la teoría que ya conocía primero y la práctica en el primer caso después, le han hecho atesorar.

LOS PEDAGOGOS

Uno de los problemas realmente más complejos de esta nueva actuación modernísima es el de los seres a quienes habremos de encargar del cultivo y desarrollo de la infancia. Hasta ahora, gran número de esos pedagogos son reclutados entre hombres tan entregados al estudio, que las otras facetas de su vida (emocional y sexual) no tienen la debida repercusión. Y si bien ello es una facultad apreciable, puesto que indica una relativa superioridad intelectual, lo cierto es que el pedagogo, moderno teorizante de las nuevas doctrinas o aquél que simplemente reúna la primera condición, deberá tener en un futuro, para enfrentarse con una muchacha vivaz y ágil, una honda preparación sexual, y al propio tiempo una experiencia emocional lo suficientemente grande para poderle dotar de una comprensividad hacia los anhelos de sus discípulos. Schmalhaussen ha recalcado bien este punto. Y no se crea que estos hechos no tienen trascendencia en la vida futura del alumno. La tienen, porque estos profesores «anticuados», guiados tal vez por un sentido de envidia, pretenden evitar que los estudiantes lleguen en ese plano sexual y emocional a una libertad y felicidad que ellos no han logrado. El grito de Pedagogía Eugénica deberá ser la libertad para los alumnos, que los son en definitiva todos los niños de la futura generación.

Pero el mayor grito de rebeldía será, en tanto los pequeños no lleguen a estar en condiciones de recibir esas enseñanzas fuera del seno del hogar, el de reformar la organización pedagógica universal, para que en la selección futura se mire, no tan sólo la inteligencia, sino el amor a la profesión, la vocación, la aptitud para esta enseñanza, cualidades todas que hacen tanto más apreciable la figura del futuro profesor —desde el primario hasta el universitario—, por lo mismo que valdrán para aureolar su figura de un halo de mayor simpatía para el alumno, pues el éxito de la enseñanza depende en gran parte del agrado y claridad del profesor. Si el alumno se da cuenta de que a su lado está un profesor que le comprende, que ha sido niño como él, con todas sus vacilaciones y sus problemas, y sabe que con él puede franquearse, hallando con él afecto, la natural experiencia, sentirá hacia su profesor esa comunidad de ideas y de espíritus indispensable en esa relación armónica, que habrá de ser en todo momento la Pedagogía —enseñanza para que se vuelva a enseñar— cadena única en que se resume toda la existencia de la Humanidad.

LA TESIS ANTICONCEPCIONAL

Esta tesis que en todo momento tratamos de defender como indispensable, se prueba forzosamente ante todos los hechos. Dada la complejísima educación sexual que es preciso dar a cada niño para que llegue a ser un ciudadano cercano o en vías de perfección —aspiración mínima de todo padre— dado el esfuerzo que habrá de representar para éste, que tendrá que convertirse en psicólogo, pedagogo, médico, etc., resulta, aparte los móviles económicos, de una verdadera inconsciencia, el que los padres tengan una familia sin capacidad de dotarles a todos de esta educación indispensable desde su primera infancia, sin capacidad de darles un oficio o una profesión intelectual, que no es dárseles el estar ocupados pensando cuando cumplirá

el niño doce o catorce años para que pueda ingresar como aprendiz y ganar una peseta, sino procurarle los conocimientos técnicos adecuados para que al conocer el oficio sepa también cómo ejercerlo, no convirtiéndose en un autómatas, triste situación de muchos obreros aun en la actualidad, y que les hace aborrecer el trabajo, sino hacerlo inteligentemente, hallando en él aplicación a sus actividades y procurando que sepa el precio de su rendimiento, y que graduándose a sí propio, sepa también no otorgar al patrono injusto porque no comprende el verdadero valor del esfuerzo obrero, más que lo que aquél sabe que es justo dar por el salario que reciba. La técnica de los oficios, la técnica de una profesión intelectual no se aprende ejerciéndola mecánicamente y con el afán de sacarle ya fruto desde el primer día; de este modo sólo se mata en el niño el verdadero afán de hallar solaz en el trabajo y sólo busca en él la remuneración con que atender al sostenimiento y a las necesidades de la familia, que él por ser cada vez mayor, y por consiguiente más en condiciones de sentir, percibe mejor. Por razones de índole material, pues, porque la mujer se debilita y depaupera su organismo, por razones de índole económica, porque le es imposible atender a su subsistencia; por motivos psicológicos de mejor y más completa educación, sacrificándose siempre en beneficio de los nuevos seres que vengan a la lucha, debemos aceptar esta tesis que revela cómo se va extendiendo ese estado de opinión en ondas sucesivas que van llamando a todas las clases sociales.

LA CRISIS DE ALOJAMIENTOS

Actualmente, en las grandes ciudades se presenta una terrible crisis: la de alojamientos. No ya una vivienda higiénica y confortable, utopías mayores hoy que las de Tomás Morus o Campanella en su tiempo, sino ni una vivienda pequeña y económica se encuentra hoy ya en el centro de las poblaciones. El proletario se encuentra reducido a emigrar a los barrios extremos, o a permanecer

en las partes más lejanas dentro del radio de acción de la ciudad en míseros cuartos interiores mal ventilados, húmedos, en casas de «corredor», de patios estrechos, de lóbrego aspecto. El proletario aquí, a la vuelta de su trabajo, se encuentra con un aire irrespirable, con un ambiente enervante y tóxico. Busca con placer el alejarse de su hogar, se va a la taberna a buscar ese tóxico del que se han hecho eco muchos literatos, y que es, sin embargo, una gran verdad «beber para olvidar». Con ello complica aun más su situación, pues disminuye el jornal, escasea el alimento de su mujer y trae al mundo hijos con el germen atávico del alcoholismo o de la sífilis. De la crisis de alojamiento se deriva la degeneración del obrero actual. Sus hijos, criados en ese horrible ambiente, buscando el respiro de las calles estrechas y polvorientas como el más higiénico parque y la más anhelada diversión, se crían enfermizos, débiles, muchos no subsisten, los más enferman. Otro factor más que prueba la tremenda responsabilidad que contrae el hombre al traer al mundo tres, cinco, siete seres que habrán de morir o vegetar infectados por los bacilos, en la más desoladora incuria y abandono.

LA CRISIS DE ESCUELAS

Nunca se hablará bastante de la crisis de escuelas. Nunca se hallarán mientras no se imponga más honda transformación social, los medios para resolverla totalmente. Los hijos de esos proletarios que como todos tienen derecho, cuando menos, a una elemental instrucción, se ven rechazados del medio ambiente, de la escuela, lujo realmente oriental que rara vez llegan a disfrutar. Malas, muy malas son la mayoría de las escuelas oficiales, y no por incompetencia del profesorado, sino por falta de medios con que desarrollar su labor pedagógica, pero ni aun ese resquicio de instrucción se consiente al pequeño proletario. Habrá de permanecer infectando su cuerpo, corrompiendo su espíritu, degenerando su inteligencia entre

el fango de la calle, escuela de todos los vicios, y cuando llegue a hombre, cuando empiece para él la terrible peregrinación en busca del trabajo, será un proletario peor, más inconsciente, más sin cultura, más incapaz, y en vez de cooperar a la redención de su clase contribuirá a su ruína. ¿Hay derecho, padres proletarios, a contribuir a esta labor pésima para vuestros hijos y para las futuras generaciones...?

LOS DERECHOS DEL NIÑO

Frente al derecho del padre, por muy sacrosanto, por muy respetable que sea, se alzan potentes los derechos del hijo, de ese niño cuyas garantías no son tan sólo las de un cariño sin límites y de una serie de sacrificios inútiles, únicas que les ofrecen a manos llenas los padres, tienen derecho a una vivienda higiénica, a una alimentación sana, a una instrucción mínima. Tiene derecho a que se le respete su desarrollo físico e intelectual y a que sus padres no se vean en la triste necesidad de mandarlos a un taller, de «botones», de «chico para recados», con el fin de ayudar también a los gastos de la familia, cada vez acrecentados por los hermanitos más pequeños, que van en aumento. ¿Se garantizan debidamente estos derechos del niño? Pues entretanto todos los niños del mundo, todos esos obreros del futuro tienen hoy el derecho de alzarse con esa su mirada febril en sus caras hundidas y demacradas, frente a todo ese ejército imponente por su miseria de proletarios y pedirles cuentas con esa pregunta suprema de tan honda tragedia. ¿Y para vivir «esto» nos han traído al mundo? ¿Por qué? ¿Por qué? Y ese porqué seguiría vibrando en la atmósfera, latente como la suprema interrogación que los niños, cuando se transforman en hombres y ven, unidas a la miseria de su situación, la amargura de la lucha, se hacen invariablemente ante los primeros vasos de vino, que habrán de ser la primera intoxicación grave de su organismo, débil y enfermizo.

Yo quisiera hacerme aquí portavoz del juicio de esos

miles, de esos millones de futuros proletarios, y preguntar a los que hoy ocupan sus puestos en el ejército del trabajo : «¿ Por qué les habéis traído al mundo ? » Yo estoy segura que todos bajarían la cabeza avergonzados, lamentándose de que la inconsciencia de un momento de placer hubiese traído sobre ellos y sobre las cabezas de esos hijos tan adorados, todo un horrible estigma de miseria y toda una tremenda traba para la redención futura.

UN CASO TRAGICO

Como uno de tantos, como un suceso más sin otra importancia que la que le presta por un momento un «re-porter» fatigado por el trabajo del día, ha venido en la Prensa recientemente un caso trágico, y que es una prueba más a mis argumentos. En la calle de Francisco de Roja, número 10, próxima a Mataderos, habitaba un matrimonio joven de poco más de veinte años que llevaba aún no tres de casados, y ya contaban con cuatro hijos. Los dos últimos, dos niñas mellizas, eran mantenidas por la madre, pues contaban escasamente dos meses, ayudándose aquélla con leche condensada. Las niñas, débiles, y la madre, más floja aún, resistieron durante este tiempo. Al fin un día, la madre, como de costumbre, les dió de mamar a las doce de la noche, y cuando despertó al siguiente día halló a las dos mellizas yertas. Extraño el caso, presentada una denuncia, los resultados de la autopsia de las pequeñas ha comprobado que las dos han muerto por «miseria fisiológica», esto es, por debilidad de naturaleza y por carencia de alimentación adecuada. La madre, que inconscientemente del delito cometido ha traído al mundo en dos años y medio a estos cuatro seres, consumiéndose a sí propia, sin poder reponerse para darles la suficiente vitalidad y energía, habrá sufrido un dolor intensísimo con la muerte de esas dos lindas criaturas traídas a este mundo de lágrimas y risas, pero del que ellas no vieron más que la agonía de la insuficiencia hasta perecer. Y ella no se habrá dado

cuenta porque no ha habido quien se haya cuidado de enseñárselo, que el daño estaba en ella, precisamente en ella, que no ha sabido, limitando su descendencia, graduando su prole, traer al mundo aquellos hijos que su marido estaba en condiciones de sostener más tarde y ella de concebir con vitalidad, primero.

Un caso más que quedará olvidado para muchos, en el que la mayoría no habrá parado atención. Para vosotros debe ser una llamada al orden. Ese caso es de una familia obrera. Ha sido protagonista un matrimonio joven, recién casado, en la flor de la ilusión y de la vida. Podéis ser también vosotros protagonistas de otra tragedia igual. Aprovechad al menos este ejemplo, pensando en que es cruel agotar a vuestras mujeres, consumirlas y privarlas de fuerza y de vitalidad, pero en que es francamente criminal traer a la vida nuevos seres que sólo habrán de venir para sufrir y para llorar.

CARNE DE CAÑON

Todos vosotros os habréis oído llamar en algunas ocasiones proletarios. ¿Pero sabéis lo que ese término significa...? De procedencia latina, valía para designar a las «gentes pobres de Roma que no contribuían a la República más que con sus hijos para la guerra». Sentido doloroso y sin embargo real. Esa es la aplicación que dan a vuestros esfuerzos, la única orientación posible que juzgan para vuestros hijos. Vosotros contribuís exclusivamente para la guerra, para convertirlos en «carne de cañón» que no haya de merecer ni siquiera los honores de ser enterrada, sino el de elevarle un patético mausoleo al nombre del «soldado desconocido», en que unas lágrimas fingidas, unas lujosas coronas y unas cuantas visitas prestigiosas, vengan a significar ese falso y vergonzoso pseudodolor de las clases poderosas a quienes el dinero y el mando han embotado hasta la sensibilidad. No queremos monumentos al soldado

desconocido. Queremos, como decía el propio Remarque, con un rasgo de «ingenua ironía» en su *Sin novedad en el frente*, que peleen los jefes de los Estados que son quienes se han disgustado en un *match* de boxeo para diversión gratuita de los pueblos que no han intervenido en la contienda. Actualmente los hombres de Estado, representativos de la clase burguesa y capitalista, se alarman ante el descenso de la natalidad en algunos países, estimando que «en caso de guerra, el ejército nacional no estará lo suficientemente nutrido de gentes dispuestas a dejarse matar por razones de Estado». Ahora recuerdan aquellas medidas que antes del conflicto mundial tomaron Francia, Alemania e Inglaterra con el fin de favorecer la maternidad con premios y favores apadrinando a los futuros vástagos, el Kaiser, el Rey y los presidentes de Repúblicas, y criados de este modo como cerdos cuyo número se procura aumentar para servir de elemento de número en los futuros combates. Al escuchar su rumor hemos de pensar en esta humanidad que va aumentando la procreación de la mujer que lleva su inconsciencia hasta el punto de no dudar en traer al mundo hijo tras hijo, que no ignora habrán de ser víctimas en los campos de batalla. Los sacerdotes, obispos, papas que, en nombre de una religión como la cristiana, misericordiosa y justa en sus principios, bendicen los cañones destructores y los ejércitos fraticidas, ciegan aún más la inteligencia de estas mujeres y embotan en lo posible la sensibilidad. Las madres, tan prestas a sacrificarse por sus hijos, deben saber que, ni aun aumentando sus dolores en una procreación mayor, sirven los intereses de su clase, sino los del Estado, esto es, de personas cuyos afanes les son totalmente ajenos. El día en que la religión católica se sitúe en su verdadero punto y deje de engañar con este espejismo las mentes de las pobres mujeres se habrá terminado buena parte de este sacrificio, y la mujer se verá forzada a reconocer la falsedad de su primera postura ante problemas e instituciones en los que ella ni siquiera ha intervenido autorizándolos con

su voto. Actualmente la nación que más abiertamente mantiene la ofensiva contra el descenso de la natalidad y el aumento del régimen abortivo es Italia. Cuando un régimen dictatorial, tan absurdo como el fascista, afirma que ello va en contra de su existencia, prueba que el fascismo quiere muchos ciudadanos, ya que ve para Italia la perspectiva de una nueva gran guerra en que todos estos seres se hundan y aniquilen. Como ejemplaridad vergonzosa, como estímulo para esta lucha, veamos unas frases que condensan todo el espíritu condenable del fascismo. Umberto Notari, en su último libro: *La fatica nuziale*, termina su obra con estas palabras: «Italia, así poblada, podrá vencer no en una sino en diez guerras. Italia podrá hacer suya a Europa entera y construir un imperio más vasto que el de César, de Carlomagno, de Alejandro el Grande, de Jorge VII, o de la Casa Blanca».

Pero han cambiado mucho los tiempos. Mussolini lo querrá. Los «camisas negras», se aprestarán a exigirlo. Pero el pueblo italiano, el que hoy aparece sojuzgado y el que fuera de Italia lucha por la redención de su Patria, ese pueblo rebelde deberá alzarse contra Fascio y contra la Iglesia Romana que tan hábilmente transige con estas doctrinas de bárbara intolerancia. Este pueblo, como el español, como el de las demás naciones, debe saber que tiene el derecho a disponer de la vida de sus hijos, carne de su carne, por encima de las disposiciones de un Estado o de un déspota. Y que se acabaron los «proletarios», cómodamente utilizados para el único empleo a ellos abandonado en su totalidad, el de «carne de cañón».

SENTIDO DEL AMOR

Tarea inútil, ardua y compleja sería el tratar de definir ni remotamente el amor. Por lo mismo que es algo tan etéreo, tan sublime que no admite definición alguna, nosotros no queremos añadir una más a tantas como

de él se han dado. Posiblemente a nuestro juicio, el amor no existe como tal concepto abstracto y genérico. El amor es una mezcla cualitativa y cuantitativa de instinto o atracción sexual y de amistad, tomando este término en su más exacto significado de compenetración y buena armonía mutua. Por ello, todos los filósofos y poetas que se han preocupado de definir e investigar sobre los orígenes del amor han fracasado, puesto que no han logrado dar una experiencia concluyente y, por el contrario, se han limitado a definírselo cada uno, según su estado de conciencia. El amor ha sido, no obstante, una cosa tan complicada que muchos hombres no han vacilado desde los tiempos más remotos hasta en personificarlo. El hacerlo en un niño es, sin embargo, a mi juicio, un error. Es suponer que el niño sea un sabihondo, niño precoz en todas las cuestiones igual de índole sexual que sentimental, y el niño parece el ser más alejado de estos candentes problemas. Sintetizarlo en un anciano con canosa cabellera e intenso caudal de experiencia sería tal vez más correcto pero menos estético. Haberlo hecho en un adolescente con toda su irreflexividad y su entusiasmo nos hubiera parecido más natural. Pero el hecho es que los antiguos lo infantilizaron y redujeron. Y, sin embargo, posiblemente los mismos que esculpieron el primer Eros hallaríanse en aquellos momentos heridos por las flechas que ellos estaban poniendo en mármol o piedra, esto es, absolutamente inofensivas, en su fingido carcaj. ¿Para qué seguir? Nosotros dudamos sinceramente de la existencia del amor como tal amor. No queremos con ello descorazonar a románticos y sentimentales. Por ello no negamos rotundamente su existencia. Pero exista o no, cuidémonos nosotros de auxiliar su labor para que ella resulte eficiente. Prestémosles al amor los ojos que a él, por su ceguera, le faltan. Y seamos quienes conscientemente le orientemos en el sentido de nuestra propia voluntad. El hombre que ha llegado a dominar o a parar hasta las fuerzas ciegas de la Naturaleza, puede también ejercer su dominio sobre esta otra

fuerza ciega hasta aquí. En el momento en que el hombre vea que su voluntad soberana se impone sobre esas que él hasta aquí ha estimado como pasiones irresistibles, a las que por comodidad se abandonaba para justificar muchos de sus actos irreflexivos, dejará de creer en el Amor.

IDEA DE LA LIBERTAD

La libertad tiene un sentido muy distinto y polifacético. Existe una libertad de índole material y otra de orden intelectual. ¿En cuál encuadraremos esta libertad en el amor...? Material por los medios con que llevarla a la práctica; espiritual por la finalidad que persigue y por los factores que en ella intervienen, la libertad de amar ofrece hoy un aspecto doble, de dos caras, a cuál más importante. La libertad, que es en los primeros tiempos la más elemental y legítima aspiración del hombre, que más tarde es ya un deseo insatisfecho que se trunca en absoluto en la Edad Media con el Feudalismo, que desaparece con las Monarquías, y que hoy es aspiración de revolucionarios por lo mismo que el hablar de libertad bajo un régimen monárquico como el que hemos padecido es catalogarse como rebelde, existe en potencia así mismo en el amor. Pero le falta su realización. Oculta por toda una serie de prejuicios, muy pegada hasta aquí a la tierra por el lastre de la grosería que en vano se ha pretendido arrancar de ella, al fin parece que va camino de levantar el vuelo. La libertad no implica otra idea que libre disposición de lo que es de uno, el cuerpo, sin otra restricción que la vida del nuevo ser que pueda salir como fruto de la unión pactada. Para dotar a esa nueva vida de todas las condiciones indispensables para una subsistencia ordenada y metódica, la sociedad interviene, cuando el hombre, consciente de sí mismo, no ha sabido evitarlo, apartando de su finalidad puramente de placer aquella otra que pueda tender a reproducirse físicamente. El que no esté en condiciones materiales ni morales de

tener un hijo, que no lo tenga, aunque ello no le impida vivir con aquella mujer que haya elegido. Aquel que sienta el afán de educador, el instinto de la paternidad, puede recoger un hijo ajeno, si a tan lejos lleva ya su altruismo o su desinterés. Lo primero que el hombre tiene que aprender es la parte más desagradable de todas las cuestiones, y en este caso es la de que habrá de adquirir la convicción de que no tiene derecho en modo alguno a dar vida a nuevos seres sin la autorización de esa sociedad que ellos van a venir a engrosar y que debe tener la garantía de la sanidad y medios de lucha de sus nuevos ciudadanos. La libertad en el amor no es, pues, todo alegría ni placer. También hay, pesando sobre ella, con un carácter más grave e imponente, el sentido de la responsabilidad que se contrae.

LOS POSTULADOS TECNICOS DE LA LIBERTAD DE AMAR

Con dificultad podremos condensarlos, puesto que se da el curioso caso de que ningún pensador, aunque muchos han tratado este tema, se han preocupado de fundamentarlo científicamente. Con gran frecuencia nos encontramos entre nosotros, y particularmente en la literatura de Polonia y Rusia, con defensores de la tesis del amor libre. Sin embargo, esta denominación tan corriente es en absoluto incompatible con nuestro sentido práctico. El amor no puede ser libre como aspiración porque ya lo es. Dondequiera que esa libertad no existe habrá atracción sexual o miras de interés y conveniencia, pero amor, en el verdadero sentido del término que comprende una atracción de doble matiz corporal y espiritual, no. Por ello, nosotros, en nuestro afán de reformar todo lo que consideramos totalmente anticuado, habremos de intentar destruir ese viejo paradigma de que el amor es ciego. Nosotros también coincidimos con las considera-

ciones de Sheller, que ha manifestado que el amor no es ciego, como venía siendo representado desde la antigüedad, sino, por el contrario, clarividente, puesto que adivina entre mil personas la elegida, y descubre en ella cualidades excelsas, ocultas al ojo indiferente del que no está enamorado. La libertad en el amor se funda para su tesis en que dondequiera que el amor puede fijar su penetrante y aguda mirada, pueda tener libertad y estar en condiciones de satisfacer al punto sus deseos. El amor, por su propia naturaleza, ya es libre, y haciendo alarde de esa libertad se ve obligado a detenerse tan sólo ante la barrera que una ley anticuada y una moral más anticuada todavía, como marcada por las religiones, han venido a fraguar.

La libertad en el amor necesita que los que la practiquen sepan también cómo utilizarla. Una libertad perfecta, pero que valga tan sólo para satisfacer meros instintos que en los más de los casos van en contra de los sexos y de su eugenesia, no es verdadera libertad, es realmente libertinaje. La libertad exige, pues, como única traba la de la finalidad de los hijos sanos. Siempre que no se llegue a este fin, ya porque sea imposible biológicamente, ya porque prudentemente se evite, la libertad no tiene el menor obstáculo en su camino. Todos debemos tener la convicción de que somos dueños de nuestro cuerpo para hacer con él tan sólo lo que nos aconseje nuestra conciencia, sin que una ley ni una moral vayan a impedirnos estas libertades porque todos los actos que ejecutemos, cuando no van en perjuicio de tercero, son absolutamente legales y absolutamente morales también. Ese es, pues, el campo de acción de la libertad en el amor y es también su única traba. Es el principio y la meta. No olvidemos, pues, que la libertad, sagrada palabra a la que se han dedicado tantos cantos y que ha inspirado tantos movimientos, no tiene otro superior jerárquico en el mundo sexual que la Eugenesia. Esta sí, como un superior incontestable, y no tiene otro tutor que el de la propia conveniencia en la limitación de la prole. El viejo con-

cepto del amor como un idealismo romántico, ante el que todo ceda y para el cual no cabía pensar en consecuencias futuras, debe desaparecer de nuestra conciencia. Todos debemos hacer lo posible por infiltrar en nuestra mente la idea de que si tenemos derecho a ser libres en todos nuestros actos, tenemos la obligación de velar por el respeto y por las garantías de esa libertad. Si se siente una pasión por un individuo del otro sexo que por sus capacidades físicas no está en condiciones de traer al mundo un nuevo ser, que sería forzosamente un enfermo, un idiota o un degenerado, nosotros no podemos en conciencia contribuir a llenar hospitales, manicomios, cárceles de seres así horrorosamente tarados. Nadie nos priva que satisfagamos esa pasión. Pero, sabiendo también que ella no habrá de tener consecuencias trágicas, funestas en nuestro porvenir y en el de la Humanidad. Libertad en el amor siempre, sin más mira ni más finalidad que el placer y la felicidad, sin más limitación que el propio placer y la propia felicidad, de los nuevos seres, que es en todo momento por su inconsciencia muy superior a la nuestra. Digamos también nosotros con el maestro Maraño: Renunciemos a este equívoco romántico y dañino. Los poetas nos maldecirán. Pero la bendición de nuestros hijos nos consolará de sus maldiciones. Y a la postre, los poetas nos darán también la razón y dedicarán los sonetos a la Eugenesia, como hoy se los dedican a la Luna.»

LA FINALIDAD DE LA LIBERTAD DEL AMOR

La finalidad que la libertad del amor pretende es procurar reforzar y organizar en lo sucesivo la sociedad bajo un régimen de mayor e innegable amplitud. Nosotros no hemos pretendido nunca, al defender esta tesis, ir a plantear y a proponer para las generaciones futuras un hecho que nosotros mismos hubiéramos de juzgar con una

inmoralidad. Estimamos, por el contrario, que el desarrollar en las personas por todos los medios a nuestro alcance esa aptitud de poder elegir es uno de los mayores beneficios que podemos reportarle. Para ello la libertad en el amor debe ir acompañada de una preparación anterior eficiente e indispensable. No se la puede predicar y tratar de llevar a la práctica si no tiene un conocimiento lo suficientemente claro y explícito de la responsabilidad que con ello se contrae. Para muchos, particularmente para algunos jóvenes desaprensivos, el problema de la libertad del amor se resolvería simplemente con un retozo brutal y sin la menor finalidad. Para los que sepan que, puesto que se les otorga una libertad, la Sociedad tiene también derecho a garantizar su uso, la libertad de amar será, no una facilidad al problema sexual, sino una mayor responsabilidad. Antes, con el matrimonio, quedaban cancelados todos los compromisos, nadie era responsable de lo que después sucediera, ni de la enfermedad de uno o del otro cónyuge, ni de sus despilfarros, ni de ruina de sus malos tratos, ni de la incompatibilidad de caracteres. En la unión libre, en la que cada uno es capaz de romper el vínculo puramente moral que les ata, existe un mayor incentivo por parte de ambos de conservarlo, y existe también la responsabilidad que la Sociedad ecuaníme habrá de encargarse de existir. En la libertad del amor los hombres cumplirán sin obstáculo alguno la finalidad reproductora de la especie o la de satisfacción de sus necesidades o de sus deseos. Lo que no habrán hecho es poner una serie de crímenes bajo la tutela oprobiosa de una ley egoísta a quien no importa destruir el derecho de los débiles con tal de amparar al fuerte, el propio hombre, que, la ha hecho, como es lógico, en beneficio propio. Por eso, muchos que aspiréis, cuando estas frases lleguen a vosotros, a poder practicar también en una era mejor esa libertad en el amor, muchos que la creáis ya próxima o que pretendáis ejercerla en la actualidad, aun dentro de las restricciones existentes, no creáis que ella va a ser,

en el momento en que se implante, medio de satisfacción sin trabas. Todo lo contrario, libertad en el amor por lo mismo que será una adquisición revolucionaria tendrá que ofrecer a la sociedad nueva que la instaúre las suficientes garantías de que con ella habrá de mejorarse al menos la trágica institución familiar, cuya influencia sobre la organización universal ha sido tan funesta.

ENSEÑANZAS PARA EL HOMBRE

Por un egoísmo personal, la posición más útil y más cómoda para el hombre es la de la renunciación. Mientras pueda conservar el cariño que un tiempo codició, consérvelo en buen hora. Cuando aquél se le escape, déjelo marchar, que nunca habrá de faltarle amor sincero o mercenario con que consolarse de la pérdida. El hombre que se rebela contra la indisolubilidad y perpetuidad del vínculo contraído y que no tolera una ruptura ante la voluntad de la mujer, aunque la autoriza y desea cuando es su voluntad la que la solicita, no tiene un sentido justo y adecuado de los términos. La justeza de éstos radica en saber amoldarse al ambiente, y en saber llevar a la práctica el criterio mantenido. Quien abomina del matrimonio y cae en sus redes, es tan ilógico y ridículo como el que, dispuesto a romper el vínculo con el abandono o el alejamiento cuando a su gusto le acomode, protesta y lleva a vías de hecho esta reacción cuando quien decide sobre este abandono o alejamiento es la mujer. La primera y trascendental reivindicación del feminismo bien entendido deberá ser ésta de la absoluta propiedad por uno como por otro cónyuge del amor y, por consiguiente, su libre disposición. Ni celos ni crímenes pasionales. Fórmula pacífica, una, rebelde la otra, con que se condensa este sentir, las dos son expresión de una pseudo civilización bárbara en su espíritu y en su conducta que en un afán imposible pretende establecer y garantizar una propiedad como puede hacerlo con una hipo-

teca sobre una finca u otro bien inmueble sobre esta cosa tan espiritual, sutil e incomprensible que ha sido, es y será el amor.

LA ACTITUD DE LAS MUJERES

Estos problemas del amor en relación con el matrimonio no han preocupado a la gran mayoría de nuestras mujeres, aunque parece que todas se interesan por el último término de este problema. La mujer, y particularmente la española, ha llevado en lo más profundo de su espíritu la idea de que debe de ansiar y aspirar porque el amor llame a sus puertas inconscientemente, aunque ella, en vista de su tardanza, haga todo lo posible por provocarlo, y al propio tiempo se le enseña a que juzgue que las cuestiones sexuales son absolutamente groseras, y sin la debida fundamentación técnica para que corresponda a una mujer el poder tratarlas y estudiarlas independientemente. Y este profundo subconsciente hereditario que domina a buen número de nuestras mujercitas es tan poderoso que hizo pensar a Huntington sobre estos mismos problemas, relacionándolos con un caso de verdadera ejemplaridad que él conocía, y que aun totalmente ajeno a este problema del sexo, muestra como obra la temprana e inconsciente educación. Un amigo del investigador, judío por cierto, hubo de adquirir la creencia de que el cerdo era un alimento íntegro y deseable para los hombres que hicieran una vida activa fuera de sus casas durante los fríos meses del invierno.

Nuestro hombre emprendió la cría de algunos cerdos, vió que el trigo limpio y bueno se convertía en carne saludable de aquellos animales, convenciéndose luego de que la matanza se había operado en las condiciones sanitarias debidas y vigiló el aderezo de uno de los cerditos. Intelectualmente en cuanto era consciente de ello y emocionalmente, estaba dispuesto a darse un agradable banquete de cochinillo asado. Lo comió muy gustoso, pero, con gran sorpresa de su parte, hubo de poner-

se muy enfermo y dió de lado el plato. Fácil es explicarse lo ocurrido. Nuestro hombre se había educado en Rusia con sus padres y, tanto éstos como la comunidad, establecieron en su inconsciente una reacción negativa muy fuerte para esta clase de alimentos. La cual reacción había llegado a formar casi tanta parte de su maquinaria refleja como su innata tendencia a estornudar cuando el interior de la nariz se irrita en cierta forma. Este acondicionamiento negativo para con el cerdo persistió ya en él siempre, y por más que hizo no logró vencerlo. Tal es la repulsión innata que la mujer suele tener a abordar los problemas sexuales que tan honda influencia ejercen sobre su conciencia. Sin embargo, una educación que data ya de una generación en los demás países ha cambiado, si no radicalmente, paulatinamente los hechos. Sin necesidad de recurrir a las pruebas del Juez Rinds, el hecho de que la prostitución y el número de casas de mal vivir disminuye, es una prueba de que los jóvenes hallan su adecuada sustitución en las relaciones con miembros del otro sexo, aunque de diferente posición social. Por ello dice y termina así su trabajo Beatriz Forberston, titulado: *Lo que las «Mujeres quieren»* que, aunque publicado hace catorce años, para las mujeres españolas les parecerán de una extremada rebeldía: «Si estuviéramos abocados a tener que elegir entre el «matrimonio de prueba» y el «amor libre» de una parte, y la «prostitución» de otra, no vacilaría en pronunciarme a favor del primero, y creo que lo mismo harían todas las mujeres de alma pura, dotadas de conocimientos médicos, imaginación y piedad.»

LA MUJER Y LOS HIJOS ILEGITIMOS

Existe en la actualidad una fórmula sometida a discusión sobre los principios de la maternidad libre y del derecho de la madre a decidir por sí misma de la suerte de sus hijos y de su porvenir. En el programa checo-

eslovaco, donde se ha planteado, se dice que se aceptarán sin oposición las reivindicaciones que concierten la igualdad de la mujer en el derecho matrimonial y sus revisiones fundamentales. Después de tres años están hoy luchando en Checoslovaquia por conseguir aún una ley que proteja los niños ilegítimos, las madres, y los hijos de padres divorciados. Se trataba hasta aquí de obligaciones elementales que solicitan ir acompañadas de sanciones. Este año, el doctor Alfred Meissner, ministro de Justicia, presentó en el Senado un proyecto de ley que promete ya como plausible la ejecución de esta reivindicación. La protección se extiende afortunadamente a las mujeres separadas, a los padres que se encuentran en necesidad, y establece la sanción de uno a seis meses de prisión. Esperan las mujeres checoslovacas que el Congreso aceptará estas reivindicaciones, pues estiman, y con justicia, que ellas corresponden ya a las necesidades de las mujeres que trabajan, y que ello dará al Programa del Partido Socialista una mayor capacidad de atracción. Lo indispensable para nosotros es luchar entretanto por que bien pronto puedan estar las mujeres españolas en condiciones de pedir lo mismo. Felices las que «ansían». Felices los que «solicitan». Quien tiene un ansia y sabe mantener una ilusión hace honor a sus más relevantes cualidades de hombre y de ser civilizado. Quien se limita a vivir una vida monótona, sin estridencias, sin preocupaciones, paría de una sociedad a cuyos bajos fondos ha llegado ya el clarín de la rebelión que ha encontrado hasta aquí en la mujer una casi impenetrable sordera, no es mujer, es un simple ser animado que vive y siente porque a la Naturaleza no le ha dado el capricho todavía de dejarla sin vivir y sin sentir. La preocupación es la única razón de ser del individuo. Mientras la mujer no se preocupe de sí, serán inútiles nuestros esfuerzos. Yo saludaré con alborozo el día, que yo no espero que sea lejano, en que detrás de la reducida falange que nosotros formamos aún, veamos una masa de mujeres ávidas, de mujeres rebeldes, de

mujeres inquietas. Nos bastará. Ese día será el definitivo de la salvación de España. Mientras el hombre laborea revolucionariamente en la calle, y la mujer en el hogar temple sus entusiasmos con el jarro de agua fría de sus recriminaciones, la revolución no será un hecho consagrado total o indestructible en España. Y hace falta que el tan decantado espíritu de sacrificio y de heroicidad de la mujer se pruebe en los momentos cumbrados y aprenda que su misión sigue siendo la de sacrificarse, no por personas, sino por ideales, no por falsas y ridículas gazmoñerías, sino por verdades científicas. La mujer que se dedique a esa labor con apasionamiento habrá asegurado la Libertad en el mundo, y la Humanidad podrá entrar segura y consciente en la nueva etapa de civilización. Llevará la fuerza del luchador, pero también la convicción y el fuego del apostolado.

LA MISION DE LA MUJER ANTE LA EUGENESIA

Las circunstancias que constituyen el medio en que se desenvuelve ordinariamente la mujer hacen suponer que ésta tiene hoy una obligación trascendental de estar al tanto de las cuestiones eugénicas. Porque la eugenesia es una ciencia integral e indispensable, ya que es la ciencia de la vida. No creemos que ello es falso o aventurado. Todo lo contrario. La Eugenesia tiene para la mujer mayor trascendencia, porque si la misión del padre es interesante, la de la madre es aún más vital, más absoluta; la madre da vida, mantiene, crea todas las células del nuevo organismo. Bien es verdad que la mujer sin el factor hombre no es nada, pero ello es algo así como el valor del pedernal sin el eslabón o viceversa, que se relativiza y hasta desaparece. Una mujer «madre en potencia» podrá tener más valor cotizabile en este absurdo mercado humano que hemos creado de bellezas y pseudobellezas, pero una mujer «madre en presencia» tiene un valor aún más importante y positivo. Y la suprema enseñanza que

la madre habrá de ir aprendiendo lentamente en la iniciación trabajosa a que se la obliga es la de sus deberes para con la Salud. Deberes que hasta aquí no han sido advertidos y que son, sin embargo, vitales. La mujer debe, al saber hacer uso de su derecho de elección, pensar en que lo hace no tan sólo por un mero estímulo de su corazón o una mera rebeldía, sino por la proyección de su vida sobre los hijos futuros. Si la madre no puede sacrificar a la hembra, sobre ella la responsabilidad única. Que no cargue a la sociedad con el producto de aquella unión que la Humanidad no le ha solicitado y ella le ha donado tan impensada e irreflexivamente. La madre debe aprender que no tiene derecho a complicar la vida de sus hijos ya nacidos, trayendo al mundo nuevos seres. Cuantas veces al salir a la calle tropiezo con esos diminutos arrapiezos, chiquillas desaseadas y ya trabajadas, con la cesta de la compra o cargadas con pequeñuelos, pienso en la tragedia de estas «hermanas mayores» de los hogares proletarios. Ellas, las que ayudan a la madre. Ellas, las que suplen su labor impotente para desenvolverse en tantos y tan múltiples aspectos. Ellas, las únicas hormiguitas, víctimas de la casa. Porque para ellas no volverá ya la infancia perdida, ni los días de sol y de alegría, ni el descanso, ni la escuela, ni las amistades infantiles. Pasará de aquella infancia triste a una mocedad trabajada en el taller, en la fábrica, hasta volver a constituir otro hogar proletario como aquel en que ha nacido, y volver a pasar privaciones y amarguras y a seguir en su inconsciencia despreciando la lección de la vida, y teniendo hijos y más hijos para complicar, al propio tiempo, la situación de éstos como la suya propia. La civilización contemporánea, en sus concepciones revolucionarias, ha elevado a la mujer a la categoría de miembro y colaborador de la sociedad que ella forma al igual que el hombre. Lo que no ha podido lograr esa civilización es «civilizar» a la mujer. Lo está pretendiendo, pero es indispensable que esta preparación no se limite a un estudio, a una carrera, a una participación en la vida pública; es indispensable que la mujer alcan-

ce en unos años lo que el hombre ha obtenido en siglos. La labor para con la mujer tiene la obligación de ser más intensa y más eficiente. Lo que nosotras, algunas mujeres que luchamos en ese campo, lamentamos más es tropezar con muchachitas y con mujeres hechas ya, que se ríen de estos problemas o no los aprecian, o no saben ver en ellos su contenido trascendente para la vida futura, y que creyéndose más poderosas en un falso pudor, que es sólo dirícula gazmoñería y vicio encubierto, evitan hasta el tratar de estos temas, por demás útiles y eficaces. Cuando la mujer no sólo no le aterrorice el pensar, sino que sienta que para ella es una necesidad el «pensar», tendrá el deseo imperioso de buscarse temas nuevos sobre los que desarrollar su inteligencia y su actividad, sentirá la afición de discutir y reformar, y la mujer será entonces eminentemente revolucionaria, pero no para destruir, sino para construir y elevar nuevos conceptos que sustituyan a los ya juzgados como caducos y falsos. Dichosa era aquélla en que todas las mujeres o, a lo menos, la mayoría ejerciten su derecho a pensar. ¿Qué importa que les conquistemos hoy ese derecho, si habrá de volver al olvido por la inacción a que lo releguen? Pobres mujercitas, pobres mujeres españolas que parecen haber seguido fielmente la máxima de aquel rector de la Universidad de Cerbera, que, cuando siguiendo dictados absolutistas de Fernando VII clausuraba las universidades, al igual que en los tiempos actuales, cerró las aulas diciendo con absoluta, pero estúpida sinceridad: «Lejos de nosotros la funesta manía de pensar...»

EL SENTIDO DE LA MATERNIDAD

El profesor español Luis Huerta, figura ya destacada en el eugenismo internacional, hace presente, tratando de la crítica de las Sesiones del Congreso Eugenésico de Copenhague, sobre estos mismos temas, «que la maternidad

consciente es el único medio de mejorar a la madre haciéndola más culta, no sólo por su afán, sino por el de mejora del hijo, contribuyendo así a apartarla definitivamente de la esclavitud en que se halla.» La madre que es capaz de todos los sacrificios para beneficiar al ser querido, no puede apartarse de éste. Debe ser ella misma quien se abstenga de procrear cuando reconozca que va a labrar la infelicidad del nuevo ser, no sólo mientras esté a su lado, sino cuando tenga que iniciar la dura lucha por la vida, y debe ser ella también la que sepa, aprenda, y tenga como un deber ineludible el educar sexualmente a sus hijos, orientarles fisiológicamente, dirigirles en sus instintos y en sus hábitos. Ya no basta para ser madre con la acción de la Naturaleza. Hace falta ser muy culta, mucho más que una mujer corriente, porque aquella cultura habrá de polarizarse en el nuevo ser. Para ser madre en los tiempos modernos hacen falta cada vez mayores sacrificios, más grandes abnegaciones. Pero si no luchamos por beneficiarnos de este modo, no sólo será el perjuicio para nuestros hijos, sino que al propio tiempo perjudicaremos a la Humanidad futura, estancándola para siempre en su actual estado sin permitirle más renovación que la que le puedan prestar unos cuantos seres engendrados bajo este régimen de excepción que no debe serlo sino normal, de generalidad y de conducta universal para todas las mujeres que aspiren a ostentar el glorioso título de MADRE...

EL MATRIMONIO ES ESTA EPOCA

El matrimonio actualmente ofrece para muchas mujeres tal como la soltera norteamericana, una verdadera imposibilidad de ser llevado a la práctica. El matrimonio, dice Forbes, es la «cruz para las mujeres de esta época de transición». El matrimonio representa hoy una verdadera tragedia. Herido de muerte por la institución del divorcio no puede ofrecer ya ninguna posibilidad. La mujer actualmen-

te que puede casarse y romper ese vínculo no tiene prisa por contraerlo, suele hacerlo tardíamente; luego la necesidad en que se ve de guardarse una vida independiente, o aquella otra que le reporta su placer de estar el más tiempo posible alejada del hogar tradicional hacen que marido y mujer no vivan ya esa existencia realmente familiar. Por eso mismo, la mujer, en parte guiada por este su afán, en parte por poder facilitar su divorcio si llega a verse obligada a solicitarlo, procura evitar los hijos. Sabe que el divorcio llegará cuando ella o cuando él quieran y que esos hijos podrán mantenerlos él o ella independientemente, puesto que cada uno de ellos seguirá teniendo su capital y ninguno de ellos habrá perdido, como aquí, su posibilidad de ganar el diario sustento en la lucha por la vida. De este modo, el matrimonio no tiene ya razón de ser. ¡Con cuánta frecuencia nos hablan de la vieja y carcomida institución matrimonial evocándola con dolor poetas y soñadores! El matrimonio hoy no existe más que en la apariencia, es un bello fantasma, pero privado de personalidad. Poder deshacerlo definitivamente instaurando la definitiva libertad de acción para los dos sexos debe ser una aspiración de toda mujer que se sienta realmente moderna. De lo contrario, el matrimonio, que fué edificado un tiempo sobre unos cimientos de necesidades humanas y de condiciones que hasta aquí permanecieron y nos parecieron inmutables se renuevan y modifican, y el matrimonio, por consiguiente, seguirá cambiando hasta que acabe por encontrarse totalmente en hueco, de vacío, en la actual sociedad, y tenga que ceder el paso a una nueva institución más libertaria y menos absolutista que sepa apreciar el poder de la acción del «libre albedrío» humano para regularse toda su existencia y muy particularmente ese aspecto tan trascendental de su desarrollo amoroso. ¿Volverá el matrimonio? Lo ignoramos. En un nuevo Fénix que tal vez renazca de sus propias cenizas. Sin embargo, a nosotros, moralistas y pensadores no nos debe de preocupar el futuro sino todo-

lo contrario, el presente y sus posibilidades de acción. Y el hecho innegable es que el matrimonio ha muerto, y que si hoy se conserva es tan sólo deshecho y reducido por guardar las formas. Viejo castillo en ruínas que, demasiado vergonzoso para mostrar a la faz pública su propia desnudez carcomida y destrozada, pretende, con la subsistencia de unas cuantas docenas de ladrillos mohosos, asegurar su realidad. El definitivo golpe de piqueta de la nueva generación que está hoy en marcha pondrá en claro ese vacuo problema del amor que, oculto tras esas murallas hasta aquí indestructibles, atraía y deslumbraba cuando en realidad no tenía existencia propia; también a esa misma generación le tocará el pasar por encima de esas ruínas y de esos escombros de lo que un tiempo fueron ideales queridos y orientarse definitivamente hacia una nueva meta, un nuevo ideal en el que todos cifren su aspiración común. Los que formamos la nueva generación —que no se forma tan sólo por la edad, sino muy especialmente por el sentimiento— llevamos un guía sabio y tutelar, el de la Eugenesia, y llevamos también un conocimiento claro de la responsabilidad única del amor y de sus posibilidades. Por eso nosotros ya no volveremos atrás. Continuaremos nuestro camino equivocados o triunfantes, pero llevando la convicción de que habremos puesto de relieve a la Humanidad el hecho innegable de que el amor y el «tabú» o privación sexual con que un tiempo quiso limitársela y constreñirla, no tiene hoy más existencia que la que hayan querido darle literatos inconscientes o perversos redomados que, vampiros de una religión pretendían con tan absurdos equívocos cohibir a las masas y retenerlas bajo su férula en el preciso instante en que ellas, habiendo percibido el primer vislumbre de libertad, se han lanzado decididas hacia él. Ese ha sido el magno error actual de la religión católica, el de su propia intransigencia. Cuando en un futuro pretenda adaptarse a las modernas evoluciones del pensamiento, ¿cree ella misma que volverá a encontrar adeptos entusiastas

y fervorosos en hombres que no lleven ya la venda de una falsa inocencia sobre los ojos, sino que vayan con la pura y limpia actitud de un rebelde consciente...?

TIPOS HUMANOS

Tipos dotados de una inmensa tragedia, que ellos valgan para recordar a todos gráficamente algunas de las más conocidas degeneraciones y taras a que la lugar una desviación del instinto.

EL ALCOHOLICO

Abotargado, con ojos febriles y mirada inquietante, que se le tuerce en guiños abstrusos e incomprensibles. Con la nariz cargada del calor que le resplandece en el rostro, rodeándolo de una aureola. El pelo caído, lacio y revuelto sobre la frente de la que la sangre late con violencia. El cuello doblado sobre el cuerpo desmadejado y flojo en el que la curva en zigzag de las piernas marca una semejanza con el pelele. ¡Pobre pelele humano!

Aquella noche, ya de madrugada, volverá al hogar, orientándose a tientas. En él, una mujer pobre, desaharrada, tiritando de frío junto a la lumbre apagada. Los rostros encogidos y mustios de unos cuantos pequeñuelos. Uno es idiota, aquél ha sido víctima ayer de un ataque, otra prematuramente envejecida conserva en su raquitismo extenuado el rostro de una mujer sumida en sus preocupaciones. El ha llegado y les ha hecho alejarse con unas palabrotas y un brusco ademán. Pero han vuelto a cobijarse y él ha cogido un palo y ha empezado a recriminar a la mujer, presa de unos celos torvos e inadmisibles. Ella, acostumbrada ya, procura esquivarle. Al fin, intentando golpearla cae del taburete, y la sangre brota de sus sienes, por efecto del choque de éstas con el borde de la mesa. A la mañana siguiente aparecerá en las columnas de un periódico este des-

enlace. Otra vez será la mujer, acaso alguno de los hijos, las víctimas. Pensemos nosotros. Mañana, esos hijos, perpetuando esos caracteres atávicos repetirán en su hogar la escena que habrá de alimentar a diario los reportajes de sucesos de los periódicos espectaculares. Y la humanidad seguirá tolerando impasible el aumento de todos esos seres, tarados e indotados para la vida, que proseguirán su ruta lentamente, a golpetazos con el mundo sin finalidad alguna, sin placeres y sin amarguras, embotada su sensibilidad, viviendo en su inconsciencia la vida bestial de lo que tiene el hombre de más repugnante.

EL SIFILITICO

Señorito libertino. Tiene la lengua destrozada y corrodida por el microbio destructor. En los ojos, un tiempo provocadores y valentones adviértese esa legañosidad tan peculiar de los enfermos venéreos. Hoy el señorito, como siempre, habrá ido a correr una juerga. Entre flamencos y prostitutas, y alegrías fingidas y amores pagados, el señorito habrá vuelto al hogar de madrugada, amustiado y enfermo. Pero aquel mismo día, horas más tarde, el señorito regalón habrá de ir a «hacer la rosca» a una costurerilla decente del taller vecino. Habrá de continuar el cortejo de su seducción infame. Y cuando ella caiga y un hijo venga a hacer alborear para la madre una etapa que debiera ser de venturas, ella, destrozada, podrida, sólo podrá dar a luz un ser infecto, una piltrafa humana que la Inclusa se encargará de recoger con su fingida piedad, o que la mano de la madre ahorcará más piadosa para ir a parar a un fétido muladar, principio y fin de todos los vicios.

¡Pobre madre! Ahora gemirán en tu contra las ridículas damas sensibleras, contra ti se alzarán airadas todas las voces, y mientras dejan caer implacables el fuego indeleble de la deshonra, tú purgarás culpas que no has cometido, víctima de tu cariño, de tu irreflexión. La noche en

que tú entres en el presidio a cumplir tu condena, el señorito apuntará en el calendario de su vicio la juerga mil y dos.

EL LOCO CRIMINAL

Es un hombre aún joven. Viste con relativa modestia y con desaliño indudable. Ofrece un rostro macilento y una expresión de tristeza o de arrebató. Va a sentarse en el banquillo de los acusados. ¿Ha robado? ¿Ha matado? ¿A quién? ¿Cómo...? No nos importa. La ciencia moderna, piadosa, busca en el informe de los peritos un medio de averiguar la irresponsabilidad del criminal. En pugna con los intereses creados de la justicia, el hombre joven de rostro macilento ha salido absuelto. ¿Para ir a un manicomio...? Debiera ser. Manicomio oficial. Triste parodia. Si encuentra plaza, será poco tiempo y en condiciones insuficientes. ¿Manicomio de pago? ¿De dónde? Ciertamente que esas damas tan caritativas no son para tender la mano piadosa para socorrer a uno de estos desvalidos. Encargáranse cada una de uno de ellos y el problema humano se habría aclarado. ¡Pobre loco que irás a morir en el patíbulo o entre las rejas de la prisión, que nunca debiste pisar, o muerto de frío y hambre en las negruras del invierno! Ni una mano se habrá tendido para ti; nadie te ha recordado. Ya hace años tus padres, ella acaso una obrera laboriosa, él un alcohólico, un sifilítico, otro criminal, un degenerado, no habrán tenido inconveniente en dejarte vivir en tus primeros balbuceos cuando tu constitución física y tu despertar moral les hicieron ver tu incapacidad para el futuro... ¡Pobre ser que pagas las culpas de tus padres inconscientes y las de la Sociedad que con una falsa tolerancia no se atreven a poner remedio duro a que estos espectáculos sucedan y se repitan! Son ya muchas las víctimas de esta inconsciencia y de este temor. Que cada uno de nosotros en uno solo de nuestros amigos hagamos esta benéfica labor de propaganda. Nadie os pide, hombres egoístas,

que os abstengáis del placer. Pero evitad al menos que ese placer tenga consecuencias vitales en la producción de un nuevo ser. Evitadle a éste una vida de amarguras y sufrimientos morales, y evitaos vosotros el remordimiento que habrá de pesar siempre, aunque intentéis alejaros de ello, sobre vuestra conciencia.

LOS SENDEROS DE LA VIDA SEXUAL

La sabiduría de Havelock Ellis, el gran propagandista de las cuestiones sexuales, encarna todas las direcciones de la nueva moral sexual en unas frases admirables: «Los jóvenes de ambos sexos están cometiendo muchos errores porque los hechos más profundos de la vida sexual sólo se pueden aprender por la experiencia, y la experiencia se adquiere lentamente. Pero acaso sea mejor incurrir en errores por mirar a la vida cara a cara que cometerlos por huír de ella. Porque estos desaciertos pueden enriquecer e ilustrar mientras que estos otros resultan inútiles. Los senderos de la vida sexual están erizados de dificultades. Pero así ocurre con todo en esta vida. Si hemos de vivir, en el verdadero sentido de la palabra, estaremos obligados a vivir peligrosamente.»

Las frases de Havelock Ellis son aquellas que mejor sintetizan el estado actual con todas sus degeneraciones, con todas sus dudas. De él habrá de salir triunfante, como una mariposa de su asqueroso capullo de crisálida, la nueva moral sexual. Los problemas sexuales, por lo mismo que son dificultosos, no han sido abordados hasta bien recientemente con absoluta libertad y franqueza. Todo ello ha sido debido solamente a que antes la Humanidad se ha creído muy descansada sin tener que preocuparse sobre el modo de tratarlos, ya que ello representaba una preocupación más. A ella le corresponde la culpa de tantas y tantas tragedias como por malas orientaciones han echado su peso sobre la vida de tantos seres que han sido víctimas de esa Humanidad injusta. A ella

irá también ante el tribunal supremo e inapelable de la Naturaleza la responsabilidad de las actuales desviaciones propias de un momento en que, cegados por la esplendorosa luz de la revelación sexual, los hombres no han aprendido todavía a encontrar el camino recto por entre los obstáculos que lo erizan, y dando tumbos entre ellos sólo pueden probar con su ignorancia la culpa de la tradición que sobre ellos pesa, dejando trozos de su propia existencia lacerada entre esas rocas que se oponen a su avance en un supremo sacrificio, por hallar la ruta de la verdad.

Nosotros hagamos todo lo posible por escarmentar en cabeza ajena, y ya que llegamos tan retrasados al movimiento universal, hagámoslo siquiera, aprovechándonos de la experiencia que ello nos proporciona y poniéndonos de ese modo a la cabeza de esa masa de opinión formidable, que va alistando hombres y mujeres, en un ejército que bien pudiera llamarse de SALVACION UNIVERSAL.

ÍNDICE

Páginas

Introducción	5
Moral sexual	6
La humanidad ante la ley	7
La prostitución	9
El infanticidio	10
El adulterio	13
Los celos	14
El crimen pasional	16
Urgentes transformaciones de la moral sexual. ...	18
Solución a estos problemas (Rusia)	18
La educación del sexo	19
Paternidad consciente. Planteamiento del problema.	24
La escuela moderna	27
Los pedagogos	29
La tesis anticoncepcional	30
La crisis de alojamientos	31
La crisis de escuelas	32
Los derechos del niño	33
Un caso trágico	34
Carne de cañón	35
Sentido del amor	37

Idea de la libertad	39
Los perturbadores técnicos de la libertad de amar. ...	40
La finalidad de la libertad del amor	42
Enseñanzas para el hombre	44
La actitud de las mujeres	45
La mujer y los hijos ilegítimos	46
La misión de la mujer ante la eugenesia	48
El sentido de la maternidad	50
El matrimonio en esta época	51
Tipos humanos	54
El alcohólico	54
El sífilítico	55
El loco criminal	56
Los senderos de la vida sexual	57

EN EL NÚMERO PRÓXIMO

DISCIPLINA DE LA LIBERACION

POR

FERNANDO VALERA



35218

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1.—**Socialismo**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 2.—**Introducción a la Filosofía**, por Fernando Valera. (Agotado.)
- 3.—**Universo**, por el Dr. Roberto Remartínez. (Agotado.)
- 4.—**Liberalismo**, por Fernando Valera. (Agotado.)
- 5.—**La formación de la Economía Política**, por Marín Civera. (Agotado.)
- 6.—**Sistemas de gobierno**, por Mariano Gómez y González, Catedrático de Derecho Político en la Universidad de Valencia.
- 7.—**Higiene individual o privada**, por el Dr. Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—**Escritores y Pueblo**, por Francisco Pina.
- 9.—**Sindicalismo** (*Su organización y tendencia*), por Angel Pestaña. (Agotado.)
- 10.—**La Vida (Biología)**, por el profesor Luis Huerta. (Agotado.)
- 11.—**Nuestra casa solariega (Geografía)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—**Cómo se forma una biblioteca**, por Carlos Sáinz de Robles.
- 13.—**Monarquía y República**, por Alicia Garcitoral. (Prólogo de Marcelino Domingo.)
- 14.—**América antes de Colón**, por Ramón J. Sender.
- 15.—**La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir**, por Edmundo González-Blanco.
- 16.—**La dramática vida de Miguel Bakunin**, por Juan G. de Luaces.
- 17.—**Uso y abuso de la tierra**, por Emilio Palomo.
- 18.—**La Escuela Única**, por José Ballester Gosalvo.
- 19.—**Democracia y Cristianismo**, por Matías Usero.
- 20.—**Introducción al estudio de la Historia Natural**, por Enrique Rioja.
- 21.—**Salvador Seguí ("Noy del Sucre")**, por José Viadiu.
- 22.—**El mundo de habla española**, por Leopoldo Basa.
- 23.—**El romancero español**, por Ramón de Campoamor Freire.
- 24.—**La vida de las plantas**, por Emilio Guinea López.
- 25.—**Por la Escuela Renovada**, por Carmen Conde.
- 26.—**La Dictadura, la Juventud y la República**, por Lázaro Somoza Silva.
- 27.—**Gabriel Miró (El escritor y el hombre)**, por Juan Gil-Albert.
- 28.—**Cómo nació España (Primero de la Historia popular de España)**, por Gonzalo de Reparaz.
- 29.—**El logro de nuestro tiempo. ¿Revolución?**, por Antonio Porras.
- 30.—**El problema social en las democracias**, por Augusto Villalonga.
- 31.—**Pablo Iglesias (De su vida y de su obra)**, por Julián Zugazagoitia.

EN PRENSA

El impuesto y los pobres, por Julio Senador Gómez.
Fernán Galán (Vida y pensamiento), por Alardo Prats y Beltrán.



C. DE C.